

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)
Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en los Medios

Mirar la ciudad con otros ojos. Memorias e identidades



El sol naciente en Guadalajara: Historias de inmigrantes japoneses
La reubicación durante la Segunda Guerra Mundial

PRESENTA

Isabel Ayala González
Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías
Asesor de productos audiovisuales: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, Primavera de 2023

ÍNDICE

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional.....	2
Resumen	2
1. Introducción	3
1.1. Objetivos	3
1.2. Justificación.....	3
1.3 Antecedentes	4
1.4. Contexto.....	19
2. Desarrollo	21
2.1. Sustento teórico y metodológico	21
3. Resultados del trabajo profesional	73
4. Reflexiones y aprendizajes.....	81
5. Conclusiones	85
6. Bibliografía.....	86

REPORTE PAP

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio-profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

Esta investigación estudia a cuatro familias de ascendencia japonesa, tres residiendo en el Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) y una en la Ciudad de México, con el objetivo de conocer su historia y experiencia durante el periodo de reubicación acontecido entre 1941 y 1945: la forma en la que los primeros integrantes de estas familias llegaron a México y después a estas ciudades, sus procesos de adaptación e inserción en la sociedad, las tradiciones o aspectos culturales que aún conservan, así como otras que han perdido con el tiempo.

Asimismo, se recuperan los acontecimientos históricos ocurridos en 1941 cuando el gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho aplicó medidas restrictivas a la colonia japonesa que vivía en nuestro país y los obligó a dejar sus lugares de residencia en distintas localidades (principalmente de Chiapas y Baja California), así como sus trabajos y la estabilidad que habían logrado construir, todo lo anterior con la finalidad de ser reubicados en ciudades más al interior del país, entre ellas Guadalajara.

1. Introducción

1.1. Objetivos

Esta investigación tiene por finalidad recuperar, desde una mirada cercana y etnográfica, las memorias y los testimonios de algunas familias japonesas, cuyas historias nos permitirán, a su vez, develar un periodo de la historia de nuestro país que pareciera haber quedado oculto y olvidado por la memoria histórica, dejando de lado el reconocimiento de una comunidad que, desde su llegada a tierras mexicanas, ha puesto su compromiso y labor a disposición de sus conciudadanos mexicanos.

1.2. Justificación

Takako Nakasone y Melba Falck son distinguidas académicas de la Universidad de Guadalajara (UdeG), y autoras de investigaciones relacionadas con la comunidad *nikkei*¹. Falck explica que de las 116 familias japonesas que hay en Guadalajara, al menos dos tercios son familias mixtas, de padre o madre japonesa y un cónyuge tapatío (Falck, 2020). De esto se puede interpretar que hay muchas personas en la ciudad, con ciudadanía mexicana, que tienen una influencia de la cultura japonesa por la familia en la que nacieron.

En un estudio realizado en el 2009 por Takako Nakasone, en el que se encuestó a 102 personas japonesas residiendo en Guadalajara, se vio que 54% de éstas eran menores de 40 años, lo que quiere decir que hasta la fecha son miembros que desempeñan papeles activos en la sociedad: tienen empleos o son dueños de negocios, interactúan con personas de la ciudad y por lo tanto tienen un impacto en las vidas de éstas en cierta medida.

Así pues, la importancia de este proyecto radica en reconocer y dar a conocer una época, una mancha oscura en la historia de nuestro país que, hasta hace poco

¹ *Nikkei*: término utilizado para nombrar a los emigrantes japoneses y su descendencia (Lozano y Rangel, 2022).

no había sido investigada o discutida a profundidad, y que desafortunadamente desconocemos muchas de las personas que habitamos México, pero específicamente, Guadalajara. Al mismo tiempo, es una apuesta por recuperar parte de la historia de nuestra ciudad, sus personas y la riqueza cultural que la caracteriza a través de la colonia *nikkei* y algunas de sus familias.

1.3. Antecedentes

Migración japonesa durante la Colonia

A pesar de que no es un dato muy conocido, la llegada de migrantes japoneses a México se remonta al siglo XVII, durante la colonia. En el reporte “Comunidades Unidas: Japón en Guadalajara. I La influencia japonesa en la cultura popular de Guadalajara” (Lozano y Rangel, 2022), dos estudiantes de licenciatura en Relaciones Internacionales narran algunos sucesos históricos que permiten conocer cómo se dieron las relaciones entre la tierra del sol naciente y nuestro país.

En 1527 el explorador Álvaro Saavedra Cerón fue enviado por Hernán Cortés a recorrer el Océano Pacífico con el objetivo de establecer rutas comerciales con Asia. Tras zarpar del puerto de Zihuatanejo, Saavedra navegó rumbo al archipiélago, posteriormente conocido como Filipinas. Esa ruta se convirtió en una de las más utilizadas para el comercio entre la Nueva España y Asia (Lozano y Rangel, 2022).

Esta nueva relación ocasionó que muchos misioneros, sobre todo los jesuitas, viajaran a Japón con la intención de evangelizar. No obstante, el gobierno nipón rechazó estas incursiones de forma contundente, expulsándolos, persiguiéndolos e incluso, matándolos.

Pese al rechazo hacia el cristianismo y el catolicismo, el Imperio Nipón no rompió relaciones con la Nueva España ni el Occidente, incluso llegó a enviar expediciones a Roma, Nueva España, entre otros lugares. Aunado a esto, una de las soluciones que propuso el gobierno del emperador Hideyoshi fue enviar más personas a vivir a Manila, una colonia española en las Filipinas. Esto generó el

crecimiento de la población propiciando, en un punto, que uno de sus barrios fuera habitado por aproximadamente dos mil japoneses.

A pesar de que no existe una fecha concreta de cuándo llegaron los primeros migrantes japoneses a tierras mexicanas, especialmente a Guadalajara, las estudiantes ya mencionadas lograron encontrar cuatro posibles teorías que precisamente buscan dar respuesta a dicha interrogante.

En 1610 Rodrigo de Vivero y Velasco, quien era en aquel entonces gobernador interino de las Filipinas, zarpó de la bahía de Tokio rumbo a la Nueva España, arribando a finales de octubre del mismo año a la costa de Nayarit. Es posible que los primeros migrantes japoneses que residieron en Guadalajara hayan arribado con de Vivero.

La segunda teoría nos ubica en 1613. Tras dos años de haber establecido una embajada diplomática en Japón por orden de las autoridades novohispanas, Sebastián Vizcaíno regresó a la Nueva España. Acompañado de sus hombres y de aproximadamente 180 japoneses, su embarcación llegó al puerto de Acapulco.

La tercera teoría involucra el viaje de retorno de Japón de fray Diego de Santa Catalina. A pesar de que se le había ordenado no traer a más comerciantes japoneses, le fue imposible evitarlo. Así pues, en 1617 su embarcación llegó a las costas de Colima.

Finalmente, existen suposiciones de que muchos japoneses residiendo en Manila, como anteriormente se mencionó, pudieron haberse embarcado en la Nao de la China, también conocido como el Galeón de Manila, que consistía en una serie de navíos que viajaban una o dos veces al año de Filipinas a los puertos de la Nueva España. Así pues, se imagina que, estando una vez en suelo mexicano, los japoneses optaron por no realizar el viaje de regreso, estableciéndose en nuestro país.

Migraciones durante el Porfiriato

Japón tuvo una política de aislamiento ideológico y comercial desde el siglo XVII hasta el XIX por mandato directo de los gobiernos de los Shoguns que gobernaron

el país durante ese periodo. No obstante, dicha situación comenzó a cambiar tras la petición que realizó Estados Unidos cuando varios barcos de guerra comandados por el comodoro Mathew C. Perry llegaron a la costa en busca de una respuesta a las cartas, anteriormente enviadas, que pedían que el gobierno shogunista se abriera al comercio internacional.

El Bakufu (gobierno shogunal) no podía hacerle frente a la fuerza militar norteamericana, pues por su aislamiento y periodos de paz previos a la llegada de los barcos de guerra, Japón no tenía la tecnología militar de los países occidentales. Así que, no tuvieron otra opción más que firmar una serie de tratados económicos desiguales.

Esto causó que Japón se dividiera en dos bandos ideológicos: los samuráis leales al emperador que no querían aceptar las políticas de globalización y los seguidores del Shogun que veían los beneficios de abrirse al mundo. El periodo de cambio no fue pacífico, ya que dio lugar a conflictos armados entre los dos bandos ideológicos mencionados, cuestión que desestabilizó a la nación durante un tiempo.

La historia de ambos territorios, japonés y mexicano, se cruzó por primera vez en este siglo cuando los samuráis fueron derrotados en el país del sol naciente y el gobierno de Porfirio Díaz fue instaurado en México. En 1874 varios integrantes de la Comisión Astronómica Mexicana fueron a Yokama a observar el movimiento de Venus en el sistema solar.

Al regresar de su trabajo de campo los científicos mexicanos hablaron de su buena experiencia, lo que resultó en el primer paso para que las dos naciones comenzaran a tener una buena relación diplomática. En 1888 se firmó el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre ambas naciones; a México le beneficiaba por mera practicidad y a Japón porque este documento tenía mejores condiciones que el tratado con Estados Unidos.

La colonia “Enomoto”, una utopía fallida

En 1897 el ministro nipón de relaciones exteriores, Enomoto Takeaki, hizo las gestiones necesarias para que un grupo de 36 trabajadores fuera a la costa de San

Benito, Chiapas con el perfil de colonos. Sin embargo, la misión no salió como había planeado.

De acuerdo con un artículo de Víctor Kerber (2017), años antes de convertirse en ministro, Enomoto perteneció a los samuráis. Entre 1862 y 1867 residió en París, donde estudió la tecnología naval de la Armada Francesa y se interesó en la obra del socialista Charles Fourier. Fue durante esos años que conoció a Jules Brunet, un veterano que participó en la intervención que Napoleón III realizó en México.

Con permiso de Napoleón III, Brunet viajó a Japón para asesorar al shogun Tokugawa Yoshinobu, cuyo régimen se veía amenazado y obligado a modernizarse en la tecnología de guerra para ser capaces de hacer frente a las fuerzas que querían restaurar en el poder al monarca Meiji.

Después de que el shogunato se rindiera ante el ejército de Meiji, Enomoto, con apoyo de Brunet, decidió tomar el puerto de Hakodate, ubicado en la isla norteña de Hokkaido. Allí intentó fundar un país independiente que estaría regido por los valores del Bushido, el código de conducta de los samuráis, y las normas del cooperativismo de Charles Fourier. En 1868 proclamó la independencia de Hokkaido, y al año siguiente fue derrocado y apresado, al tiempo que Brunet era deportado a Francia.

Tras tres años, Enomoto fue indultado e incorporado al círculo cercano de Meiji, otorgándole el título de vizconde. En 1981 se convirtió en ministro de asuntos exteriores y en noviembre de ese mismo año recibió la visita de dos mexicanos, José Martín Rascón (ministro plenipotenciario) y Mauricio Wollheim (primer secretario), a quienes les planteó su idea de crear una colonia japonesa en México. Rascón falleció antes de llegar a México con la noticia para las autoridades, así que Wollheim quedó como encargado de negocios de la legación mexicana en Tokio.

Tiempo después, el agrónomo Kusakado fue enviado a inspeccionar las tierras en Escuintla, Chiapas; reclutó y capacitó a voluntarios japoneses que viajarían bajo contrato y en marzo de 1897 zarparon de Yokohama, arribando a suelo mexicano dos meses después.

Como ocurre en la mayoría de las historias, las figuras de personajes importantes como Enomoto o Wollheim fueron engrandecidas por sus “acciones” e ideas innovadoras, pero lo cierto es que, un mes después de la llegada de los colonos japoneses, éstos comenzaron a sufrir debido al clima extremo, el exceso de lluvias, además de que las semillas que llevaron para plantar no crecieron en suelo mexicano, muchos contrajeron enfermedades, y sus provisiones se terminaron, incluyendo los recursos económicos.

El agrónomo Kusakado viajó de regreso a Japón para encontrarse con Enomoto y solicitarle el capital y los apoyos que había ofrecido en un principio. Sin embargo, Enomoto procedió a disolver la empresa, ignoró las peticiones y se olvidó de la colonia de Escuintla. Kusakado no regresó a México, ante la deshonra que había sufrido y el reclamo de no haber inspeccionado propiamente las tierras chiapanecas, se quitó la vida.

Sin el apoyo de Enomoto ni de Wollheim, un día de agosto de 1897, unos cuantos meses después de su llegada, algunos colonos japoneses se presentaron en la legación japonesa. El ministro Murota Yoshifumi, impresionado por el mal aspecto que tenían, los atendió, les dio de comer y les ofreció descanso, pero tras su recuperación los envió de regreso a Escuintla a cumplir con sus contratos. Los colonos terminaron dispersándose y sin otra opción más que entrar a trabajar en las haciendas y en la construcción de vías de ferrocarril.

Recesión económica en Japón previo a la SGM

Antes de hablar de la economía nipona previa a la Segunda Guerra Mundial hay que recordar que Japón no tenía mucho tiempo fuera de su política de aislamiento. Además, su economía estaba ligada, en buena medida, a la de Estados Unidos por los tratados desiguales que se firmaron unos años antes. A pesar de que esos tratados favorecían a la nación estadounidense, a Japón le resultó beneficioso recibir comercio exterior.

Luego de esos contratos la economía japonesa experimentó un auge; aunque las condiciones favorecieran a otras naciones, el comercio exterior tenía

ventajas innegables. Esto creó las condiciones idóneas para que el gobierno japonés hiciera inversiones en obras públicas y diera apoyos económicos a la población bajo el mandato de Hara Takashi.

Muchos de estos avances en materia económica sufrieron retrocesos por la Gran Depresión. En este punto Japón seguía muy ligado a Estados Unidos por los ya mencionados tratados. La economía del país oriental dependía, en buena medida, del comercio exterior, así que, si los participantes de los acuerdos sufrían un poco, Japón sufría más.

Luego de la Gran Depresión, Japón tuvo otro auge económico al inicio de la Segunda Guerra Mundial. En menos de sesenta años este país vivió periodos en los que muchos de sus ciudadanos experimentaron un gran crecimiento financiero y perdieron esos avances no mucho tiempo después. Esto se hizo evidente cuando los países del Eje perdieron la SGM.

La SGM y la reubicación de la colonia japonesa

El 7 de diciembre de 1941 la armada imperial y la fuerza aérea japonesas atacaron la base naval estadounidense de Pearl Harbor. Tras aquella declaración de guerra los ojos del mundo concentraron su atención en el conflicto que, de manera “oficial”, se sellaba entre ambas potencias.

Lo que a medias tintas conocemos los mexicanos del involucramiento de nuestro país en la Segunda Guerra Mundial tan sólo refiere a la participación del Escuadrón 201; no obstante, lo que el ataque a Pearl Harbor suscitó en México suele ser un capítulo olvidado, una mancha oscura en nuestra historia.

La relación entre la colonia y su país adoptivo

El capítulo que vivieron los integrantes de la colonia japonesa en México durante la Segunda Guerra Mundial es uno que Francis Peddie (2006) describe como extraordinario o particular dado que hasta 1941 no habían sido tratados con desconfianza, resentimiento o racismo abierto, sino que la experiencia que habían

tenido, por describirlo de alguna manera, había sido positiva. Esto último se debía a que, en el imaginario mexicano se concebía a los japoneses, desde la llegada de los primeros, como personas trabajadoras, honestas, responsables y comprometidas con su país adoptivo.

Apoyándose de la investigación de la académica María Elena Ota Mishima (1982), Peddie hace un recuento de algunos de los aportes que los inmigrantes japoneses realizaron en sus sectores de residencia. Los colonos de Chiapas y los inmigrantes libres ayudaron a construir puentes, escuelas, fábricas, una estación de energía, establecieron granjas, almacenes y excavaron fuentes de agua potable. Todo lo anterior lo pusieron a disposición de cada uno de los habitantes de la región, cuestión que les otorgó la confianza, admiración y respeto de la gente. Aunado a esto, los colonos comenzaron a casarse con mujeres chiapanecas, rompiendo las barreras étnicas y lingüísticas (Peddie, 2006).

Los japoneses calificados, aquellos que contaban con una formación profesional, se establecieron en distintas zonas a lo largo del país, principalmente en poblados aislados y las periferias. Entre ellos se encontraban algunos médicos, farmacéuticos, dentistas, parteros y veterinarios que, al prestar sus servicios y apoyo a las comunidades, obtuvieron posiciones privilegiadas dentro de la sociedad (Peddie, 2006).

Los inmigrantes *yobiyose*, aquellos invitados por japoneses previamente establecidos en México, se dedicaron a la labranza del campo propiciando el desarrollo del emporio algodonnero de Mexicali. Por el contrario, un grupo de *yobiyose* residiendo en Ensenada, desempeñaron un papel fundamental en el crecimiento de la industria pesquera.

Ante el compromiso y la labor mostrados por los colonos japoneses, Peddie descarta que las medidas restrictivas a las que fueron sometidos a partir de 1941, las cuales abordaré más adelante, hayan sido por cuestiones raciales o porque presentaran una amenaza a la prosperidad económica de los mexicanos.

Condiciones de la comunidad previa a la SGM

A pesar de que no existe una cifra exacta y oficial del tamaño de la colonia en los años previos a la guerra, se han elaborado algunas estimaciones. Ota Mishima (1982) afirma que en total había 1,550 japoneses conformados por 1,172 hombres y 378 mujeres. No obstante, Salazar Anaya (1996) advierte que muchos inmigrantes provenientes de los países involucrados en la guerra no declararon su nacionalidad legal, cuestión que deja la cifra aún más incompleta (Peddie, 2006).

En el caso de Francis Peddie, el historiador considera que la cifra proporcionada por la colonia japonesa en México, Niciboku Koryushi, es la más acertada. Ésta estimó que, para el año de 1941, en México había 6,000 japoneses, afirmación que Peddie respalda con los siguientes dos argumentos: en primer lugar, las cifras oficiales no toman en cuenta a los inmigrantes irregulares, que entraron al país entre 1907 y 1924, ni a los japoneses naturalizados mexicanos que aún eran considerados como miembros étnicos por el resto de los colonos japoneses. En segunda instancia, existen registros de que la reubicación afectó a aproximadamente 3,500 japoneses, cifra que rebasa la propuesta por Ota Mishima (Peddie, 2006).

Entre los principales lugares donde residían, un gran número de inmigrantes japoneses se encontraban en Baja California, lo que antes conocíamos como el Distrito Federal (ahora la Ciudad de México) y Sonora. No obstante, también se registraron asentamientos japoneses en Chiapas, Veracruz, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas.

En cuanto a la diversidad de empleos en los que laboraban los miembros de la comunidad japonesa, Peddie recupera los datos de la obra *Destino México* (1997), quienes presentaron las siguientes estadísticas generales: 27.2% se dedicaron a la agricultura y la pesca; 26.2% a actividades económicas no profesionales, en las que destacan las amas de casa; 20.9% laboraron en establecimientos de comercio pequeños como las tiendas de abarrotes; 11.3% ejercían profesiones libres u otros empleos; 8.9% trabajaban como obreros

especializados; 3.8% eran profesionistas, y finalmente, porcentajes menores se dedicaron a trabajar en la industria, la fabricación y la minería (Peddie, 2006).

En 1941, la mayoría de los integrantes de la colonia japonesa pertenecían a la clase media-baja y a pesar de que México y Japón cumplían 53 años de haber iniciado su amistad, así como relaciones bilaterales, la población japonesa residiendo en nuestro país “era pequeña, dispersa y humilde” (Peddie, 2006).

El ataque a Pearl Harbor y el cambio de actitud de México hacia los inmigrantes japoneses

El verano de 1940 tres representantes de la colonia japonesa en México fueron invitados al país del sol naciente para celebrar el aniversario 2,600 de la fundación del Imperio Japonés. Durante su estancia, tanto ellos como otros representantes de comunidades *nikkei* en el continente americano, fueron notificados por miembros del gobierno que la guerra entre Japón y EEUU era inevitable. Asimismo, les pidieron que se prepararan ante esa eventualidad y que movilizaran al resto de integrantes en sus respectivos países para que apoyaran a su nación de origen (Peddie, 2006).

Los colonos que residían en México creyeron que al ser su nación adoptiva aliada de su natal Japón no les ocurriría nada durante el conflicto, sin embargo, se equivocaron. El 7 de diciembre de 1941 la armada imperial y la fuerza aérea japonesas atacaron la base naval estadounidense Pearl Harbor, tomando por sorpresa a nuestro vecino del norte. El ataque generó pánico al interior de suelo estadounidense, y las autoridades obligaron a los residentes japoneses a evacuar la costa del Pacífico tanto en su territorio como en territorio canadiense, ubicándolos en campos de concentración, los cuales se encontraban en lugares desagradables e inhumanos.

Fotografía 1. Flota aérea del ejército imperial japonés



Fuente: Museums Victoria en Unsplash.

A pesar de que México no reaccionó de la misma forma, existía la preocupación de que espías nipones estuvieran escondidos al interior del país, así como la posibilidad de que utilizaran las fronteras y litorales mexicanos para atacar a otras naciones americanas (Peddie, 2006). Así, el gobierno del presidente en turno, Manuel Ávila Camacho (1940–1946), estableció unas medidas restrictivas que afectaron a los miembros de los países del Eje que residían en tierra mexicana, especialmente los de la colonia japonesa.

Antes de exponer las restricciones a las que los *nikkei* fueron sometidos, me gustaría recuperar las razones que Peddie (2006) expone en torno a la decisión del gobierno mexicano de aplicar dichas sanciones. Como se mencionó anteriormente, dado que los japoneses tenían una relación positiva y de compromiso con sus conciudadanos mexicanos, además de que contribuían al desarrollo del país, se descartó que las sanciones les fueran impuestas por considerarlos una amenaza económica. Sin embargo, México, al haber firmado un acuerdo panamericano en los años treinta (siglo XX) y principios de los cuarenta, tenía por deber y obligación defender el hemisferio occidental, así como promover la cooperación política y económica entre las naciones americanas por lo que, se encontraba en un gran dilema en torno a qué decidir y qué postura tomar.

La segunda razón es que priorizó el cuidado de la relación que tenía con Estados Unidos y para calmar los miedos de éste, además de que el vecino del norte lo estaba presionando, ordenó la evacuación de todos los japoneses ubicados en las fronteras mexicanas, así como en los alrededores. Finalmente, la tercera razón por la que las medidas fueron aplicadas tiene relación con asegurar la estabilidad al interior de México y evitar un posible ataque por parte de la quinta columna, dado que esto último tan sólo eran rumores.

Así pues, un día después del ataque a Pearl Harbor, México suspendió sus relaciones diplomáticas con Japón y ordenó a la policía que vigilara a los miembros de la delegación japonesa en la Ciudad de México; posteriormente, sus credenciales fueron confiscadas y sus movimientos restringidos. En cuestiones de la prensa local y nacional, se corrió el rumor de la posibilidad de un ataque a México por parte de la armada japonesa, además de la existencia de espías ocultos en suelo mexicano. El pánico que surgió de estas sospechas generó que personas de sangre japonesa fueran detenidas sin cargos en su contra.

Aunado a esto, las cuentas bancarias de los residentes *nikkei* fueron congeladas y tan sólo se les permitía extraer 500 pesos al mes para subsistir. Las cartas de naturalización dejaron de otorgarse a las personas provenientes de las naciones del Eje y las que habían sido emitidas en los últimos dos años fueron revocadas. Asimismo, Estados Unidos había redactado una lista negra (The Proclaimed List of Certain Blocked Nationals) con nombres de personas consideradas como potenciales amenazas. En dicha lista aparecieron los nombres de nueve japoneses residiendo en Baja California, a quienes el Gobierno Mexicano dio tan sólo veinticuatro horas para trasladarse a la capital.

La reubicación de la comunidad *nikkei*

El 29 de diciembre de 1941 el gobierno de México proclamó que los residentes provenientes de los países del Eje debían presentarse en las oficinas de Migración con la finalidad de ser registrados. El 2 de enero de 1942, la Secretaría de Gobernación emitió un segundo comunicado en el cual ordenaba la concentración

de los miembros del Eje residiendo en Baja California, los cuales tenían un máximo de ocho días para efectuar su traslado a la Ciudad de México (Peddie, 2006).

No obstante, no fue sino hasta el 2 de febrero del mismo año cuando la Secretaría hizo circular un boletín para que las autoridades de cada localidad demandaran a los ciudadanos japoneses su traslado a las ciudades de Guadalajara, Puebla, Cuernavaca, Perote o la Ciudad de México (además de lugares como Celaya, Guanajuato y el estado de Querétaro). En el caso de Chiapas, éste fue el único estado en el que hubo flexibilidad en torno a las órdenes dictadas por las autoridades. Sin embargo, en marzo de 1943 se les instó trasladarse a la capital (Peddie, 2006).

En ciertos casos se logró otorgar extensiones a los plazos de evacuación, o incluso se dieron permisos para que algunos japoneses, especialmente personas de la tercera edad o mujeres embarazadas, pudieran permanecer en sus hogares. De manera general, la reubicación de la comunidad japonesa tuvo por objetivo principal evitar que pudiesen cooperar con su país de origen o alguno de los otros países del Eje (Peddie, 2006).

Debido a que el traslado corría por cuenta de los *nikkei*, muchos de aquellos que residían en las zonas costeras o fronterizas del país, lograron malbaratar sus bienes y hogares consiguiendo algo de dinero para el trayecto a las ciudades de destino. No obstante, muchos otros no tuvieron tiempo de vender nada por lo que no sólo abandonaron y perdieron sus bienes, sino que los pocos fondos que tenían los utilizaron para el traslado.

Los principales medios de transporte que usaron fueron los ferrocarriles y los autobuses, aunque algunos tramos del camino los cruzaron a pie. Otras dificultades que se les presentaron consistieron en soportar el frío; la carencia de alimento y agua; la falta de medicamento, ya que algunos se enfermaron o murieron durante el trayecto al no soportar las condiciones a las que se enfrentaron, y las incomodidades del viaje, como aquellos que se trasladaron en vagones de equipaje.

Al llegar a la ciudad de destino, debían presentarse en la Secretaría de Gobernación para ser registrados. Aquellos que incumplieran con ese mandato corrían el riesgo de ser procesados. Hambrientos, cansados, sin vivienda ni trabajo,

los japoneses reubicados fueron apoyados por el Comité de Ayuda Mutua, también conocido como *kyoeikai*, el cual tenía por objetivo actuar en favor de los miembros de la comunidad *nikkei* como si fuera la embajada.

Antes de continuar mencionando cuáles fueron las labores del Comité, es importante recordar que, tras el ataque a Pearl Harbor, las autoridades ordenaron la vigilancia de la embajada, así como de los miembros de ésta, ya que algunos de ellos estaban dentro de la lista negra de Estados Unidos. Sin el apoyo y vínculo con Japón, además de que 77 diplomáticos y representantes gubernamentales japoneses fueron repatriados, la embajada no tuvo otra opción más que cerrar sus puertas. Tiempo después fue que surgió la idea de crear el Comité (Peddie, 2006).

El papel del Comité de Ayuda Mutua en tiempos de la reubicación

El 13 de enero de 1942, el cónsul Miura eligió a tres hombres de la comunidad *nikkei* para que fueran los líderes del Comité: Sanshiro Matsumoto, el fundador de la cadena Flor Matsumoto; Heiji Kato, gerente general de la casa comercial El Nuevo Japón, y Kiso Tsuru, dueño de numerosas empresas, entre ellas la compañía petrolera La Veracruzana, la cual había sido fundada por el gobierno japonés y el Ejército Imperial (Peddie, 2006).

A estos tres personajes se les encomendaron los fondos de la embajada para ayudar a los miembros de la comunidad nipona que estuvieran en peligro o en prisión. Estos fondos consistían en 100,000 pesos que habían sido entregados por el capitán Hamanaka, un representante de la Armada Imperial, además de los 200,000 pesos que habían conseguido tras la venta del terreno de la asociación japonesa en la Ciudad de México. Por temor a que les congelaran cualquier cuenta bancaria, la cantidad fue encomendada a un mexicano aliado de los japoneses, Abelardo Paniagua.

El 27 de enero del mismo año la Secretaría de Gobierno les dio un permiso oficial que hacía válida su labor de apoyo a los japoneses reubicados de Baja California entre otros estados del país, a quienes ayudarían a encontrar hospedaje y trabajo.

De entre las primeras acciones del *kyoeikai* se encuentran la renta de un edificio para establecer oficinas y recibir a los *nikkei* que habían sido trasladados, acomodarlos en casas (en ocasiones dos familias compartían el espacio y la renta de una residencia), y solucionar los problemas de espacio cuando el número de reubicados excedía la capacidad de viviendas con las que contaban. En cuanto a este último aspecto, el cual resultó ser un problema recurrente, Sanshiro Matsumoto, uno de los nipones que prestaron sus servicios al Comité, puso a disposición del *kyoeikai* su “Hacienda Batán”, un terreno ubicado al sur de la capital del país. De acuerdo con una lista sin fecha de la Secretaría de Gobernación, la hacienda fue hogar temporal para 569 personas, las cuales dormían sobre colchones que Heiji Kato había logrado conseguir (Peddie, 2006).

En el verano de 1942, al quedarse nuevamente sin espacio, el Comité optó por establecer un campo agrícola en la ex Hacienda de Temixco en el estado de Morelos, muy cerca de Cuernavaca. Este lugar proporcionó un espacio seguro y semiautónomo en el que los japoneses cultivaban la tierra y consumían los frutos de ésta. También fungió como un refugio para mujeres y niños en lo que los padres de familia salían en busca de otros trabajos. La ex Hacienda de Temixco fue habitada por 600 personas, aproximadamente. En sus inicios, el campo era vigilado por la policía, pero con el paso de los años y la disminución de las restricciones, el número de habitantes fue disminuyendo y las familias lograron encontrar empleo y reincorporarse a la sociedad. Aunado a la ex Hacienda de Temixco, hubo otros pequeños campos agrícolas que se establecieron en diferentes puntos del país, entre los que destacan la Hacienda de Castro Urdiales en Tala, Jalisco.

Los años en los que la colonia japonesa sufrió mayores cambios y se vio obligada a readaptarse a sus nuevos hogares y circunstancias fueron 1941 y 1942. De 1943 a 1945 la vida para la comunidad *nikkei* no tuvo grandes modificaciones, salvo por la reubicación, durante 1943, de aquellos que residían en Chiapas, como se mencionó con anterioridad.

Abusos de poder y explotación durante la reubicación

A pesar de que muchos japoneses tuvieron el apoyo de sus conciudadanos mexicanos, existen testimonios, recuperados en el texto de Francis Peddie (2006), de otros integrantes *nikkei* que recibieron malos tratos por parte de las autoridades mexicanas o, incluso, de otros ciudadanos.

El soborno fue la práctica más común a la que se vieron expuestos. Una mujer nipona, Ichikawa, recuerda que los escasos fondos con los que contaba su familia terminaron en manos de los oficiales aduanales a quienes les tuvieron que pagar “mordida”, es decir, darles una cantidad de dinero a modo de soborno para que les aceptaran la documentación. Otro inmigrante japonés que se vio expuesto al soborno fue Yoshi Sato, a quien los agentes de la Oficina de Inmigración Mexicana en Ciudad Juárez le exigieron 10 mil pesos.

En el caso de Antonio Kiyono y su esposa, éstos fueron víctimas de chantaje cuando Antonio fue amenazado con ser trasladado a un campo de concentración si no pagaba 2,000 pesos. Para evitar problemas, su mujer, la señora Kiyono, les dio 500 pesos y un reloj, lo que conformaba todo su patrimonio. Tristemente, al ser denunciado el abuso al que fueron sometidos, uno de los acusados obtuvo su libertad por “falta de méritos”, lo que nos permite observar que, en aquella época, muchos de los actos cometidos en contra de los integrantes de la comunidad japonesa quedaron impunes.

Finalmente, está la explotación de inmigrantes japoneses en el rancho Villa Aldama en Chihuahua. Cincuenta y siete migrantes de Ciudad Juárez, entre ellos Yoshi Sato, fueron obligados a realizar trabajos forzados en condiciones inhumanas; no tenían habitaciones donde dormir y descansar, no recibían la remuneración que les correspondía, estaban expuestos a malos tratos y pésima alimentación, además de que por las condiciones en las que laboraban muchos de ellos estaban enfermos y agotados. Cuando el Comité de Ayuda Mutua descubrió lo que ocurría, notificó a la Secretaría de Gobernación a través de una carta que fue enviada el 2 de junio de 1942. La Secretaría ordenó el traslado de dichas personas, pero no fue sino hasta unos meses después, el 26 de octubre del mismo año, que

se cumplió la orden cuando miembros del *kyoeikai* fueron a recoger a los trabajadores japoneses y los trasladaron a la capital, donde les dieron alimento, un lugar de descanso y apoyo para encontrar empleos.

1.4. Contexto

La construcción de la comunidad *nikkei* en la sociedad tapatía no podría entenderse sin hacer un mapeo histórico de las oleadas migratorias niponas que han acontecido desde la época colonial, durante el Porfiriato, previo a la Segunda Guerra Mundial, y la que continuamos observando hoy en día que se relaciona con el flujo de profesionales en el área industrial.

Como escribe Víctor Kerber, el periodo que siguió al término de la Segunda Guerra Mundial permitió dos cosas: la primera, que gracias al programa de sustitución de importaciones implementado durante la década de los cincuenta y los sesenta, la comunidad japonesa de Jalisco pudo incorporarse a los sectores productivos. Y la segunda, “la fusión de japoneses con tapatíos ha dado lugar quizás a una de las progenes más agradecidas del *melting pot* mexicano” (Kerber en Falck y cols., 2020). No obstante, añade que la repercusión que esto ha tenido en las nuevas generaciones *nikkei* es que han ido perdiendo su lazo con las raíces ancestrales.

En cuanto a las olas migratorias en la época de posguerra se identifican dos, aquellos que llegaron entre 1970 y 1989, así como los que arribaron entre 2000 y 2018. En relación a este último sector se infiere que aumentó la inmigración nipona a nuestro país debido a la firma del Acuerdo de Asociación Económica entre México y Japón en el 2004, así como al crecimiento de la inversión japonesa que no sólo propició el establecimiento de nuevas plantas, sino también la expansión de las ya existentes, específicamente en los sectores automotriz y electrónico (Falck en Falck y cols., 2020).

A pesar de la existencia de investigaciones en torno a la inmigración japonesa en México, en el 2018 se elaboró el primer censo *nikkei* en Guadalajara, siendo el primer proyecto que se ha realizado con la finalidad de investigar sobre las vidas de

la comunidad japonesa en dicho lugar. En total, se recolectó información de 116 familias, las cuales destacan por ser más pequeñas en tamaño a las mexicanas, pero más grandes que las familias japonesas. También se identificó que aquellas familias que cuentan con al menos un integrante japonés, los matrimonios de dicha familia tienden a ser una mezcla entre japoneses/as y mexicanos/as (Falck y cols., 2020).

De las 116 familias que participaron en el censo, se obtuvieron datos individuales de 341 personas, entre ellos jefes de familia, sus cónyuges e hijos. Referente a la tasa de escolaridad, 81% de los hombres y 76% de las mujeres concluyeron su educación superior. Los principales empleos en los que laboran son: empleados del sector privado, comerciantes, médicos, amas de casa, académicos y empresarios (depende de la generación de la familia). En cuanto a los principales municipios en los que se encuentran destacan Guadalajara y Zapopan, aunque hay algunas familias que se ubican fuera del Anillo Periférico. Un último aspecto que me gustaría mencionar sobre el censo es que la mayoría de las familias han realizado viajes a Japón ya sea para visitar a familiares o hacer turismo, sin embargo, pareciera ser una actividad que está perdiendo frecuencia o interés en algunos descendientes de las generaciones jóvenes (Falck y cols., 2020).

Para concluir este apartado, recupero la investigación de Lozano y Rangel (2022), quienes recabaron información sobre cómo ha influido la comunidad *nikkei* y su cultura en nuestra ciudad. A grandes rasgos, la gastronomía, el arte y la arquitectura han sido algunas áreas que se han visto impactadas por la comunidad, además de las aportaciones en el ámbito industrial.

En la gastronomía, Guadalajara se ha visto enriquecida por los restaurantes japoneses, especialmente aquellos que preparan ramen, que han incursionado en distintas zonas de la ciudad. Entre los más reconocidos se encuentran Grupo Toyo, establecido en 1989 y que, además de prestar sus servicios de comida, también cuenta con tiendas de productos asiáticos. Asimismo, destacan los restaurantes Uma Uma, el ramen de Koji y el restaurante Junichi, emprendimientos de inmigrantes japoneses.

Con respecto al arte y la arquitectura, algunos ejemplos de espacios con influencia japonesa son el jardín japonés en el bosque Colomos, construido por Guillermo Ashida, un *nikkei* tapatío de tercera generación; el jardín al estilo *tsukiyama* del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH), que fue inaugurado en 2019 en homenaje a las relaciones culturales entre México y Japón (Lozano y Rangel, 2022), y la casa Aviña Bátiz, ubicada en la Colonia Americana, la cual fue construida siguiendo un estilo ecléctico oriental similar a una pagoda tradicional japonesa.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

Entre las principales fuentes que nutren esta investigación se encuentra un artículo de Francis Peddie (2006), doctor en Historia por la Universidad York en Toronto, donde reconstruye la situación de la colonia *nikkei* previa a la Segunda Guerra Mundial y al ataque nipón a Pearl Harbor, el cambio de actitud de México hacia los inmigrantes japoneses, las restricciones y dificultades que la comunidad enfrentó entre 1941 y 1943, las consecuencias de estas restricciones entre ellas la pérdida de lo sucedido tanto en la memoria colectiva de la comunidad *nikkei* como del resto de mexicanos, entre otras cuestiones.

Es importante destacar que Peddie apoya gran parte de su investigación en la obra de María Elena Ota Mishima (1982 y 1997), mexicana de ascendencia japonesa que pertenece a la segunda generación (es decir, *nisei*) y, que es reconocida por ser pionera en estudios sobre la comunidad *nikkei* en México. Su libro *Siete migraciones japonesas en México 1890-1978* (1982) contiene datos históricos y estadísticos sobre las oleadas migratorias japonesas a nuestro país. A lo largo de cinco capítulos describe los perfiles de cada inmigrante japonés que llegó a trabajar a tierras mexicanas (Terui, 2005).

Aunado a estos dos, el trabajo de Melba Falck Reyes ha sido de suma importancia para reconstruir la historia de la comunidad nipona en nuestro país,

pero, sobre todo, en nuestro estado. Su investigación, de las más completas con las que contamos, *Presencia Japonesa en Jalisco* (2020), “además de ser reciente, es una de las pocas fuentes disponibles para consultar la historia de la migración de japoneses a México” (Lozano y Rangel, 2022). También, encontramos a Takako Nakasone cuya importancia radica en el estudio que realizó en 2009 al encuestar a 102 personas japonesas para conocer su porcentaje de participación en la sociedad de Guadalajara, así como el censo *nikkei* elaborado en 2018, en el cual fungió como una de las colaboradoras de ese estudio.

En el caso de las investigaciones del PAP previas, reconozco el gran aporte de mis compañeras Amanda Lozano y Aitana Rangel (2022), quienes además de mapear los inicios de las migraciones japonesas a nuestro país y estado, descubrieron la influencia y el impacto que la comunidad *nikkei*, además de nuestro lazo con Japón, han tenido en la arquitectura, el arte y la gastronomía de nuestra ciudad. Su trabajo sirvió de apoyo y guía para expandir el conocimiento de la comunidad *nikkei* en México y Guadalajara, dándome la oportunidad de conocer los aspectos que abordaron y permitiéndome realizar un enfoque en otro periodo histórico que, como se mencionó anteriormente, pareciera no tener presencia o visibilización en la memoria colectiva no sólo de los mexicanos, sino también de aquellos con ascendencia japonesa.

Asimismo, se condujeron diversas entrevistas con la finalidad de enriquecer y ampliar la información recabada. Entre los entrevistados se encuentran integrantes de familias mexicanas con ascendencia japonesa, cuyos ancestros llegaron a México antes de la Segunda Guerra Mundial, y Shinji Hirai, un antropólogo japonés especializado en migración internacional que actualmente conduce, desde Monterrey, el proyecto–taller de investigación “Raíces” para la conservación de la historia de las familias con ascendencia japonesa en el noreste de México. En dicho proyecto, los descendientes de japoneses se vuelven investigadores para recabar información y reconstruir no sólo la historia de su pasado sino también parte de la historia de la comunidad japonesa de México. La conversación que sostuve con Shinji me permitió corroborar ciertos datos históricos, así como descubrir nuevos.

Memorias recuperadas de familias *nikkei*

En uno de sus trabajos, Robert Park menciona que las migraciones pueden desestabilizar o desequilibrar el orden y la homogeneidad que caracterizan a una sociedad debido a que los grupos o individuos que se añaden a ésta tienen rasgos étnicos y culturales distintos (Terrén, 2001).

Las diferencias entre la sociedad receptora y el grupo emergente suelen estar marcadas o señaladas, lo que de alguna manera crea una separación entre ambas. No obstante, con el paso del tiempo estas diferencias cambian, incluso desaparecen, a través de los siguientes procesos: la integración o la asimilación.

La integración implicaría un proceso de interacción, dentro del mismo espacio, entre la sociedad receptora y el grupo que se añade a ésta, pero con la distinción de que ambas mantendrían sus costumbres, tradiciones, lenguas, en fin, sus rasgos étnicos y culturales. Sin embargo, sentirían que comparten una identidad común.

Por el contrario, la asimilación es entendida por Park como un “proceso de disolución de signos externos que produce una homogeneidad superficial (en las modas, en los modos) perfectamente compatible con profundas diferencias de criterio y actitud” (Park en Terrén, 2001), lo que quiere decir que los rasgos que distinguen al grupo inmigrante desaparecen con la finalidad de que éste se integre, incorpore y mezcle con la sociedad receptora (Terrén, 2001), adoptando la identidad de ésta, así como los rasgos culturales que la distinguen.

En el caso de las comunidades *nikkei*, no sólo en Guadalajara sino a lo largo de todo el territorio mexicano, observamos ambos procesos. Los japoneses que llegaron en tiempos de la colonia, el Porfiriato y años después de la Segunda Guerra Mundial pueden ser más propensos a experimentar una integración, conservando su identidad japonesa y añadiendo a ésta rasgos de la cultura mexicana, no obstante, en el caso de aquellos miembros de la comunidad *nikkei* que vivieron en tiempos de la reubicación y los primeros años de la posguerra, que experimentaron discriminación y fueron vistos y tratados como enemigos, atravesaron el proceso de asimilación, y muchos de ellos dejaron de hablar y enseñar japonés, renunciaron a

sus rasgos culturales, no sólo por cuestiones de protección, sino porque también las autoridades no les dieron otra opción (Hirai, 2023). Todo esto será aún más claro cuando presente a cada una de las familias que me permitieron conocer y compartir su historia.

Familia Ashida

Guillermo Ashida es descendiente de tercera generación (*sansei*) de un inmigrante japonés. A pesar de que jamás conoció a su abuelo Tsunejiro Ashida, dado que éste murió poco antes de que Guillermo naciera, desde pequeño creció en su interior la curiosidad y el interés por conocer más sobre sus orígenes, por desenterrar la historia de su familia.

En la reunión que sostuvimos, Guillermo no sólo me compartió la historia de su abuelo, los motivos por los que salió de Japón, su trabajo como agrónomo y la experiencia que vivió durante la reubicación japonesa, sino también me permitió conocer parte de su vida, donde resuena y continúa viva la memoria de su abuelo. “Esto me gusta hacerlo, me parece como cuestión de conciencia histórica, familiar, cívica”, me dijo mientras platicábamos (Ashida, 2023).

Así, los siguientes apartados abarcan la llegada de Tsunejiro al continente americano, su trabajo en tierra jalisciense, la familia que formó junto a su esposa Ana María, las dificultades que enfrentó durante la reubicación japonesa en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, el contacto con su natal Japón y el legado que dejó tanto en el pueblo de Cihuatlán como a través de sus familiares, específicamente de Guillermo.

Tsunejiro Ashida, el abuelo que llegó de Kioto

Tsunejiro Ashida, originario de la ciudad de Kioto, abandonó su natal Japón a la edad de aproximadamente catorce años. Japón atravesaba un periodo difícil, y al ser el segundo hijo del matrimonio Ashida él no tendría derecho a recibir el beneficio ni el patrimonio de su padre, dado que por cuestiones jerárquicas siempre pasaban

a manos del primogénito. Así, entre 1890 y 1900, el padre de Tsunejiro tomó la decisión de mandarlo en barco a Estados Unidos, teniendo como primer destino el estado de California. “Desde jovencito, mi bisabuelo lo puso en un barco, le dio su boleto a América y que Dios lo bendiga, con una mano adelante y otra atrás, así se vino” (Ashida, 2023).

Mientras estudiaba la carrera de agronomía, trabajó de lavaplatos, entre otros oficios, para pagar sus estudios. Tras graduarse fue contratado para administrar unas propiedades en Florida y después de un tiempo sus jefes lo enviaron a Villa Purificación, un municipio en la costa sur de Jalisco, para desempeñar la misma labor. Así fue como en 1910 llegó a tierra mexicana.

Transcurrido un tiempo, Tsunejiro se independizó y adquirió unas tierras en Cihuatlán, Jalisco. La forma en la que cultivaba era muy distinta a lo que se realizaba en aquella época, su labor involucraba más técnica; plantaciones ordenadas, retículas de separación, varios niveles de cultivos, aprovechando la tierra y el agua al máximo. Tsunejiro desarrolló y mejoró el sistema de cultivo de frutos tropicales, “decían que era el japonés loco porque se puso a cultivar palmas ordenadas. Y al rato todo el país hizo lo mismo, cuando menos, su ejemplo fue lo que determinó la forma de cultivar en la parte occidental hasta Sinaloa, Michoacán, Oaxaca” (Ashida, 2023).

Guillermo recuerda que su abuelo trajo consigo, desde Florida, una variedad de mango *haden* para cultivarla en México. “Todos los mangos que había en el occidente del país salieron del rancho de mi abuelo, a la buena y a la mala porque se metían a robar inclusive las uvas y las estacas para injertar, era todo un tema” (Ashida, 2023). También menciona que, además de mangos, Tsunejiro cultivó coco, plátano, papaya, y en ocasiones algodón y frijol.

La familia Ashida Ochoa

En uno de sus viajes laborales, Tsunejiro conoció a Ana María Ochoa de la Mora, una joven originaria de Tecalitlán, Jalisco. A pesar de que él era sintoísta, para

casarse con ella, tuvo que bautizarse y cambiar su nombre por uno que fuera cristiano. Así, Tsunejiro se transformó en Federico Ashida.

Del matrimonio Ashida Ochoa nacieron siete bebés y aunque tres fallecieron cuando eran muy pequeños, les sobrevivieron Rodolfo (el padre de Guillermo), Ana Beatriz (la primera mujer arquitecta egresada de arquitectura por la Universidad de Guadalajara), Martha Elena y Carlos Enrique. Al ser madre primeriza, Ana María no quiso que Rodolfo naciera en pueblo por lo que, de sus hermanos, él es el único que nació en Guadalajara.

Tsunejiro Ashida y las dificultades que enfrentó durante la reubicación

Tras la orden de desplazamiento emitida por las autoridades, Tsunejiro no tuvo otra opción que abandonar su rancho en Cihuatlán y trasladarse a Guadalajara. “Dejó su empresa, lo que construyó que era su fortaleza importante, sus ranchos...” (Ashida, 2023).

Años atrás, mucho antes de la guerra, ya había adquirido una casa en esta ciudad, por lo que la cuestión de un lugar para hospedarse no representó un problema. No obstante, debido a la dificultad y la inversión de tiempo que implicaba trasladarse constantemente entre Guadalajara y Cihuatlán (viajaba en tren de Guadalajara a Manzanillo, luego tomaba un camión para llegar al río Marabasco y de allí cruzaba a Cihuatlán en una barcaza), Tsunejiro permaneció en Guadalajara mientras que el padre de Guillermo, Rodolfo, interrumpió sus estudios universitarios para trasladarse a Cihuatlán y reemplazar a su padre en el mantenimiento y la administración del rancho, pero por cuestiones de salud y que casi pierde la vida, su hermano menor, Carlos Enrique, tuvo que sustituirlo.

Durante su estancia en Guadalajara, Tsunejiro tuvo que realizar modificaciones al rancho; así, de tener aproximadamente 500 hectáreas de terreno, vendió ciertas secciones, hizo reducciones, entre otras cuestiones, todo con la finalidad de aminorar las dificultades que enfrentaron durante la época.

A pesar de que no lo sabe con certeza, Guillermo me compartió que, mientras su abuelo Tsunejiro estuvo en Guadalajara, inició otros proyectos de empresas

relacionadas con cuestiones textiles, cordones para agujetas, cintas, zippers y elásticos.

Último contacto con Japón

De acuerdo con lo que me platicó Guillermo, su abuelo Tsunejiro no mantuvo una comunicación frecuente con su familia en Japón; sí hubo, pero poca, a través de cartas y telegramas. Lo que sí recuerda es que, en una conversación con uno de sus hermanos e investigando ciertos datos, descubrieron que su abuelo Tsunejiro había sido primo de un personaje importante en la historia de Japón: Hitoshi Ashida. “¿Cómo?, ¡somos de la realeza!”, fueron sus palabras en aquel entonces (Ashida, 2023).

Fotografía 2. Retrato del señor Hitoshi Ashida



Fuente: Portraits of Modern Japanese. Historical Figures.

Hitoshi Ashida fue un político y escritor japonés. En 1933 fue el editor en jefe del diario *Japan Times*, y del 10 de marzo al 15 de octubre de 1948 desempeñó el cargo de primer ministro durante la posguerra. A pesar de que durante su mandato agregó una enmienda al artículo 9° de la Constitución japonesa que fue clave para la creación de las Fuerzas de Autodefensa de Japón, tuvo que renunciar a su cargo debido a que dos miembros de su gabinete fueron acusados de corrupción.

Al parecer, de acuerdo con las investigaciones que ha realizado Guillermo, el contacto entre su abuelo Tsunejiro y Hitoshi surgió debido a que algunas personas en Japón querían disuadir a este último de publicar cierta información por lo que contactaron a Tsunejiro para que intercediera y les ayudara a convencer a su primo.

A pesar de que la historia termina ahí, dado que no existe más información en torno a qué quería publicar Hitoshi o si Tsunejiro logró convencerlo, el descubrimiento que realizaron Guillermo y su hermano abre una nueva línea de investigación en torno a la reconstrucción de los lazos familiares de su abuelo. Desafortunadamente, la dificultad de la comunicación durante la época, además de que hay fragmentos de la historia perdidos con el paso del tiempo, han impedido que la familia de Guillermo tenga claridad en torno al trasfondo de su abuelo, los padres de éste y si tenía más hermanos además del primogénito.

Tsunejiro y el legado en Cihuatlán

A pesar de que no lo dice de manera directa, Guillermo se asombra de todo lo que construyó su abuelo, de haber llegado con tan solo su boleto de barco, prácticamente sin nada, y ver todo lo que logró; los procesos para cultivar, las empresas y negocios que desarrolló (como la fábrica de hielo y la primera planta generadora de electricidad en Cihuatlán), y lo impecable que mantenía a su familia. Esto último lo reflexiona por las fotografías que se conservan donde sus abuelos, tíos y papás lucen elegantes y bien vestidos. “De estar de la nada jodido y de repente así pareces todo un lord, como que cuesta un poco de trabajo, y bueno, ahora nos preguntamos, ¿y cómo si tenía un primo primer ministro, se vino acá todo jodido como inmigrante sin nada? Y pues, construyó un patrimonio aquí muy valioso (...) Fue muy reconocido y apreciado por mucha gente” (Ashida, 2023).

Aunque Tsunejiro ya no pudo verlo, sus hijos, es decir, los tíos de Guillermo, donaron dinero para la biblioteca del pueblo en Cihuatlán, a la que pusieron, en su honor: Biblioteca Pública Municipal Federico Ashida Sijiko. El proyecto fue diseñado y construido por unos arquitectos, primos de Guillermo. “En el terremoto del ochenta y tantos se cayó, la biblioteca se destruyó completamente y la reconstruyeron”

(Ashida, 2023). Guillermo añadió que, como ya habían pasado muchos años del origen, no regresaron el nombre original a la biblioteca, no obstante, por iniciativa de unas tías, se lo volvieron a agregar.

Guillermo, un eco de la vida de Tsunejiro

Guillermo Ashida es biólogo, jardinero y arquitecto de paisaje; está casado y tiene tres hijas. Desde que era joven solía ser estudioso, no sólo en cuestiones académicas, de paisajismo o de la estética de los jardines, sino que posee amplios conocimientos sobre política e historia. Es algo que se percibe mientras conversas con él, además de que da cuenta de la inteligencia que posee.

Tras terminar sus estudios de preparatoria, Guillermo se trasladó a California para estudiar agronomía en la Universidad de Davis, como lo había hecho su abuelo Tsunejiro. Dentro de sus planes estaba el sueño de convertirse en un especialista en acuacultura y horticultura de verduras y frutas, sin embargo, debido a problemáticas económicas, se vio imposibilitado de permanecer allá, por lo que tuvo que volver a México.

A su regreso, unos parientes—amigos lejanos lo invitaron a trabajar en unos viveros. Al principio no estaba muy convencido, pero decidió intentarlo y terminó gustándole. Durante ese tiempo, la relación con su tía Ana Beatriz, quien colaboraba con los jefes de Guillermo, se fortaleció pues tuvieron la oportunidad de hacer jardines juntos. Hace aproximadamente 35 años remodelaron el jardín del parque Agua Azul; el proyecto se lo encargaron a su tía Beatriz y juntos lo replantearon.

Por aquella época, una amiga de Guillermo le sugirió que estudiara biología, dado que vería animales y plantas, que era algo que le gustaba. Además, tenía experiencia en jardines y criadero de peces japoneses por lo que había aprendido en el rancho de Cihuatlán donde pasó gran parte de su infancia, y que hoy en día continúa existiendo y dentro de la administración familiar. “Soy biólogo, soy lo que soy por las vivencias de allá” (Ashida, 2023).

Así pues, entró a estudiar biología a la Universidad Autónoma de Guadalajara. “Fue una combinación muy fortuita, muy poderosa. Me ha servido muchísimo. (...) En la jardinería, la biología es fundamental” (Ashida, 2023).

Mientras cursaba sus estudios universitarios y atendía el negocio de invernaderos que había abierto, surgió un proyecto con su prima, la hija de su tía Ana Beatriz. Dado que Guillermo conocía mucho sobre plantas, su prima le pidió que le ayudara a construir un jardín que ella había diseñado. A partir de que la gente conoció el trabajo que realizó, lo empezaron a buscar y contratar para pedirle jardines.

Además de su carrera en biología, Guillermo tiene un diplomado en jardinería por la Universidad de Guadalajara y estudió un tiempo en Japón para desarrollar el proyecto del jardín japonés en el parque Colomos.

El jardín es un proyecto que surge de la relación entre Guadalajara y Kioto, dado que son ciudades hermanas. Previo al acuerdo de este proyecto, en una fecha conmemorativa de las relaciones entre ambas ciudades, Jorge de la Peña realizó unas esculturas que fueron obsequiadas a Kioto. Como respuesta, la ciudad nipona acordó dar un presente a Guadalajara de acuerdo con lo que ésta quisiera: un jardín japonés.

“Siempre tuve ese orgullo familiar del apellido y la historia (...) yo tenía muy definido que algún día en mi vida iba a vivir en Japón. Surgió el proyecto del jardín japonés y adelanté un poco mis planes. Me invitaron a participar en el proyecto, yo como paisajista-jardinero reconocido en Guadalajara, la coyuntura de mi abuelo de Kioto, Guadalajara y Kioto ciudades hermanas, el proyecto se armaba perfectamente” (Ashida, 2023). Así, con cuatro meses de preparación, un Guillermo de 27 años aprendió lo más que pudo de japonés y, a través de sus propios medios², partió a Japón para estudiar paisajismo.

² Desafortunadamente, Guillermo me comentó que, a lo largo de la realización del proyecto, hubo mucha desinformación, sesgos y engaños en la prensa mexicana dado que ésta afirmaba que Guillermo había sido becado cuando en realidad no sucedió así, sino que se fue con los ahorros que tenía y el apoyo de una de sus tías.

En el país del sol naciente Guillermo obtuvo diversos reconocimientos entre los que se encuentran el aval de la Asociación de Paisajistas de la Ciudad de Kioto, distinción que considera que ningún otro mexicano ha obtenido antes de él. También, el alcalde de Kioto le dio las llaves de la ciudad; las fotografías de este acontecimiento circularon tanto en los periódicos como en las revistas japonesas.

Guillermo realizó una investigación para seleccionar el lugar en el que se construiría el jardín, la información sobre las plantas y el clima, así como la cuestión del levantamiento topográfico. Elaboró una propuesta para su diseño y cuando terminó, mandó toda la información a Kioto. Los directivos del proyecto optaron por construir una réplica basada en un jardín de un templo de Kioto, la cual fue adaptada por Guillermo a las circunstancias del parque Colomos.

“Mis maestros con los que estudié y trabajé en Kioto, son los arquitectos, paisajistas y jardineros de una asociación de Jardineros y Arquitectos de Paisaje de la Ciudad de Kioto” (Ashida, 2023). Guillermo agregó que ellos dirigieron el proyecto desde Japón, visitaron Guadalajara en algunas ocasiones, pero la dirección, la decisión y ejecución en nuestra ciudad fue realizada por Guillermo. “Fue una experiencia muy padre, por cierto. Hicimos ver que los mexicanos podemos ser tan capaces siempre y cuando estemos en las condiciones adecuadas, que nosotros generemos esas condiciones” (Ashida, 2023).

También me compartió que la realización del jardín estuvo en peligro de ser cancelada debido a las explosiones por fugas de gas del sector Reforma acaecidas en 1992, entre otras problemáticas que sucedieron. Justo estaban en el proceso de negociación cuando surgieron varias complicaciones como el cambio de gobernador y de alcalde, así como la desinformación que había tanto en Guadalajara como en Kioto, ocasionada por un mediador que mintió a ambas partes, haciendo creer a los primeros que Kioto financiaría el proyecto, mientras que los segundos creían que tan sólo tenían que colaborar con una pequeña parte del presupuesto. Debido a esto, no lograban llegar a un acuerdo.

Guillermo elaboró un nuevo presupuesto para reducir la inversión que se iba a realizar en el jardín y, afortunadamente fue aceptado. El principal problema radicó

en que querían importar varios materiales de Japón (piedras, para ser precisos), que sí había en nuestra ciudad y que podían ser utilizadas.

Tristemente, al jardín no se le dan los cuidados ni el mantenimiento adecuado, además de que ha sido modificado en varias ocasiones; le han quitado ciertos árboles y musgo para agregarle pasto, cuestión que no es característica de un jardín japonés. Guillermo les ha pedido que le den la concesión para que él le dé mantenimiento, pero no se lo han permitido.

Fotografía 3. Jardín japonés en el parque Colomos



Fuente: Flickr. Fotógrafo: Alejandro Castro.

Familia Miyaki

Hanako Miyaki, descendiente de segunda generación (*nisei*), es hija de un inmigrante japonés que llegó a México en calidad de profesionista durante la época del Porfiriato. Tadatoshi, el padre de Hanako, es probablemente uno de los primeros odontólogos japoneses en México, incluso existe un libro que contiene su historia y trayectoria profesional, escrito por la Dra. Graciela Abe Kashima, *Primeros odontólogos japoneses en México*.

A lo largo de la conversación que sostuvimos, Hanako me permitió conocer una historia diferente a las que usualmente me han compartido, debido a las condiciones legales en las que llegó su padre a México. No obstante, como en otros testimonios, su inserción en la sociedad mexicana no fue una labor sencilla, afortunadamente

obtuvo el apoyo de sus conciudadanos japoneses, así como de muchos mexicanos que se encariñaron con él por el servicio que prestó a la sociedad.

De entre las enseñanzas más importantes que Hanako aprendió de su padre se encuentran el amor por la vida, además de amor y respeto por las costumbres de ambos países, tanto de México como de Japón. Aunado a esto, está la forma de contemplar todo aquello que la rodea, “yo contemplo el cielo, las nubes, una hoja, cómo brota una flor, pero el mexicano no hace eso; el mexicano puede estar cortando los árboles y no contempla, no le importa su comportamiento hacia con los otros” (Miyaki, 2023).

A continuación, se aborda la llegada de Tadatoshi a México, las razones por las que dejó Japón, sus estudios en Colima, la familia que formó con María del Refugio, cómo aprendió español, sus vivencias durante la reubicación japonesa, la comunicación con la familia Miyaki en Japón y la experiencia que Hanako vivió al visitar la tierra de sus ancestros por primera vez.

Tadatoshi Miyaki, un odontólogo japonés en México

Nagano, la Suiza japonesa, descrita así por Hanako debido al entorno frío y montañoso que la caracteriza, es la tierra donde Tadatoshi nació. Fue el menor de cinco hermanos; un hermano mayor (el primogénito) y tres hermanas. A la edad de 22 años aproximadamente, con el permiso de sus padres y el respaldo de Japón, Tadatoshi dejó su tierra a bordo de un barco con rumbo hacia Estados Unidos.

A pesar de que Hanako no recuerda con certeza la fecha en la que su padre salió de Japón, tiene presente algunas de las razones que lo llevaron a tomar esa decisión. En aquella época la situación que se vivía en el país no era la más propicia ni estable tanto en cuestiones económicas como académicas, dado que Japón enfrentaba los estragos que había dejado la Primera Guerra Mundial. Eran unos pocos los que prosperaban adecuadamente; “para ser jamoso uno tiene que ser soldado o policía, no me gusta violencia”, Hanako recuerda lo que le decía su padre (Miyaki, 2023). Además, Tadatoshi había iniciado sus estudios en odontología, bajo

la tutela de su tío, el Dr. Hojyo quien, en 1923 abandonó Japón para trasladarse a México.

Tras establecerse en este país, y con el deseo de que su sobrino continuara sus estudios, lo invitó a México. Tadatoshi llegó primeramente a San Francisco, en 1926; de ahí se transportó a Nogales, Arizona, para finalmente cruzar la frontera hacia Nogales, Sonora. Tanto él como otros dos compañeros son parte de las primeras generaciones de médicos japoneses, sino es que la primera, que migraron a México en calidad de profesionales, lo que quiere decir que su entrada a nuestro país fue alentada por los gobiernos mexicano y japonés, y de forma legal, a diferencia de otros inmigrantes japoneses.

En aquellos años, Sonora vivía un periodo de violencia y racismo hacia la comunidad china. Luego de haber asumido la presidencia en 1876, Porfirio Díaz llegó a la conclusión que, para que México pudiera convertirse en una sociedad moderna y que aprovechara los recursos naturales al máximo, no sólo debía aumentar sus inversiones en el sector industrial, sino que también necesitaba una gran cantidad de mano de obra, por lo que promovió la inversión y migración extranjeras a México (Chacón y cols., 2020).

La propuesta del gobierno de Díaz dio pie a un debate. “Los argumentos esgrimidos en favor o en contra de la procedencia del inmigrante estaban sustentados en estereotipos y prejuicios raciales” (Chacón y cols., 2020). Principalmente buscaban atraer inmigrantes europeos, dado que consideraban que éstos tendían al progreso, además de visualizarlos como sujetos ideales con quienes mezclarse para “mejorar la raza” mexicana.

No obstante, el número de europeos que llegaron a México no cumplieron con las expectativas, así que el gobierno de Díaz optó por analizar el caso de los chinos en EEUU, y al observar que habían sido útiles en este país, concluyeron que también podrían serlo en México (Chacón y cols., 2020).

Desafortunadamente, la inmigración china no fue ampliamente aprobada dado que muchos mexicanos, líderes e incluso medios de comunicación (como el semanario *El Tráfico*) los consideraban como seres repugnantes, poco civilizados, llenos de avaricia, sucios, adicto al opio, degenerados sociales, entre otros. Estos

estereotipos fueron difundidos, interiorizados y reforzados por la población, especialmente la sonorenses, propiciando que fungieran como “el pilar de la campaña antichina” (Chacón y cols., 2020).

Así pues, a la llegada de Tadatoshi, éste fue recibido a pedradas, agresión a la que cualquier persona asiática se veía expuesta constantemente. A pesar de ser japonés, Hanako me comentó que, era muy común que cualquier mexicano que viera a una persona con *ojos jalados*, inmediatamente la señalaban como china y, por ende, la trataban con odio y violencia.

Tras permanecer un año en Sonora, el tío de Tadatoshi, el Dr Hojyo, descubrió que en Colima había una universidad para odontólogos de buen prestigio, por lo que decidió que su sobrino se fuera a concluir sus estudios a esa ciudad. Poco después, Tadatoshi obtuvo su título de cirujano dentista por parte de la Universidad de Colima.

Recién egresado, Tadatoshi se mudó a Tonila, Jalisco, para llevar a cabo su servicio social. Mientras conversábamos, Hanako me preguntó emocionada si conocía la acepción de Tonila, “Japón significa *el sol naciente* y Tonila, en náhuatl, significa *donde se oculta el sol*” (Miyaki, 2023). En este municipio jalisciense, Tadatoshi instaló su consultorio y comenzó a trabajar. En una de sus consultas conoció a la que sería su esposa, María del Refugio Piedad Robles.

La familia Miyaki Piedad

A pesar de que María del Refugio no atendió al consultorio de Tadatoshi en calidad de paciente, dado que estaba acompañando a su hermana, en cuanto el odontólogo japonés la vio, se enamoró de ella y comenzó a pretenderla. Mantuvieron correspondencia mediante cartas por un tiempo; en ocasiones, la respuesta de María del Refugio tardaba en llegar, dado que la correspondencia era transportada en tren, y Tadatoshi creía que ella había perdido el interés en él. Pero, después de un año, le propuso matrimonio.

Fotografía 4. Tadatoshi y María del Refugio



Fuente: fotografía compartida por Hanako.

Dado que María del Refugio era huérfana de padre, su hermano mayor desempeñaba el rol del hombre de la casa, y debido a las costumbres que solía haber en ese entonces, Tadatoshi se presentó ante él para pedir su consentimiento ante la propuesta de matrimonio a su hermana.

Como era sintoísta, para poder desposar a María del Refugio tuvo que bautizarse, hacer su primera comunión y confirmarse. “Respetando las costumbres, las normas morales de un país”, me comentó Hanako (Miyaki, 2023). También agregó que sus padres eran muy respetuosos en cuanto a las culturas del uno y del otro, y ella logró convivir y experimentar ambas, así como la gastronomía característica de México y de Japón; su padre disfrutaba de conseguir ciertos alimentos y condimentos para preparar platillos de su país natal.

Del matrimonio Miyaki Piedad nacieron cinco hijos: Tadao, Hanako María de la Cruz, Tadatoshi Florentino, Óscar Kintaro y Linda Fuko. Todos obtuvieron un nombre japonés, sin embargo, los únicos dos que están registrados con éste y que no hubo necesidad de ponerles uno cristiano fueron Tadao y Linda Fuko, al resto no se les permitió ser registrado con el nombre que su padre les había escogido. Curiosamente, Tadao está registrado así porque creyeron que era alguna derivación del nombre “Tadeo”. En el caso de Linda Fuko, al haber nacido muchos años después de la posguerra, sí está registrada tanto con nombre mexicano como con japonés.

Fotografía 5. Tadatoshi junto a sus hijos Tadao, Hanako, Toshi y Óscar



Fuente: fotografía compartida por Hanako.

Hanako recuerda la anécdota del día de su registro. Tadatoshi se presentó en las oficinas del registro civil y pidió que registraran a su pequeña como Hanako Miyaki Piedad, pero las autoridades se negaron. Durante la Segunda Guerra Mundial y el periodo de posguerra, a ningún descendiente de japoneses se le permitió ser registrado bajo un nombre japonés; Hanako nació en 1945. Presa del pánico por ser extranjero, además de que sabía que lo veían como enemigo, Tadatoshi volteó a ver a su suegra, María de la Cruz, quien traía a Hanako en brazos, y pidió que le pusieran como ella.

El aprendizaje de un idioma desconocido

Al preguntarle a Hanako si sabía cómo había sido que su padre aprendió español, me respondió que éste aprendió escuchando, principalmente, pero también repitiendo, siendo perseverante y constante. En las cartas que conserva de sus padres, que escribieron durante su noviazgo, no encuentra ni una falta ortográfica, cuestión que no sólo la asombra y maravilla, sino que también le confirma la persistencia de su padre.

Hanako me compartió que, cuando sus hermanos o ella estaban fallando en la escuela, su padre solía decirles, “No es posible, usted tiene mimo país, mimo comida, tiene papá, tiene mamá, ¿por qué falla en escuela? Uno viene de otro país, no tiene papá, no tiene mamá, no tiene comida. Yo llego México, come jícama, vomita jícama, come jícama, vomita jícama, hoy gusta jícama” (Miyaki, 2023). Al enfrentarse a una vida diferente, en otro país y culturas distintos de los suyos, no desistió en salir adelante.

Claramente también me comentó que a Tadatoshi le resultaba muy difícil y complejo el aprender español debido a la gran variedad de palabras y derivaciones que utilizamos para nombrar las cosas, “español muy difícil. Llama puerco, cerdo, marrano...” (Miyaki, 2023)

Finalmente, también podríamos suponer que, al ser un japonés con una carrera profesional, con el apoyo económico de su tío Hojyo y con el hecho de que entró de forma legal a México, quizás su adaptación y aprendizaje fue un poco menos complicado que para otros inmigrantes japoneses.

Reubicación a la Ciudad de México durante la SGM

“Los vieron como enemigos y los trataron como enemigos” (Miyaki, 2023). Por razones desconocidas, Tadatoshi se vio obligado a trasladarse a la Ciudad de México en 1940, a pesar de que históricamente está registrado que la reubicación japonesa ocurrió entre 1941 y 1943. Los siguientes cinco años, Tadatoshi permanecería concentrado en esa ciudad sin su esposa ni su hijo Tadao, que era el único que, hasta el momento, habían tenido.

Al encontrarse solo en la Ciudad de México, Tadatoshi llegó a una casa donde habían vivido otros japoneses, “el japonés se ayuda”, me dijo Hanako (Miyaki, 2023). Esta casa fue un hogar temporal en lo que encontraba donde establecerse de forma permanente. Después de un tiempo, cuando logró hacerse de recursos, se instaló en el rumbo de la Merced, en Juan José Baz número 5 y sólo entonces María del Refugio y Tadao viajaron a la Ciudad de México para encontrarse con él.

Hanako me compartió que mientras sus padres estuvieron separados. Tadatoshi mantuvo correspondencia con su esposa mediante cartas, además de que a través de este medio le enviaba el sustento para la familia, entre otras cosas. “Como a mi mamá le gustaba coser, le mandaba cortes de tela. Mantenían una muy bonita relación” (Miyaki, 2023).

Una de las ventajas que tuvo la comunidad japonesa fue la relación cercana de algunos miembros con el presidente Manuel Ávila Camacho, así como con su hermano. Gracias a esto, se les permitió a los inmigrantes japoneses circular como cualquier otro ciudadano, siempre y cuando permanecieran en las ciudades asignadas y que semanalmente, el líder de la comunidad se presentara ante las autoridades, “y el japonés no es conflictivo” (Miyaki, 2023). En el caso de la comunidad donde se encontraba Tadatoshi, el líder era su tío, el Dr. Hojyo, a quien también habían desplazado a la Ciudad de México junto con el otro odontólogo japonés que viajó a México, el Dr. Hara.

En 1945 nació Hanako y posteriormente, los siguientes tres hijos. Al considerar valiosa la educación, Tadatoshi los inscribió en el colegio para que desarrollaran su formación. Durante su infancia, Hanako hace memoria de cómo algunos niños se burlaban de sus hermanos y ella mientras hacían gestos de su apariencia y se jalaban los ojos, pero especialmente cuando les gritaban una canción “chino chino japonés, come caca y no me des” (Miyaki, 2023). Otro estereotipo que los maestros solían reforzar era que al ver que eran descendientes de japoneses, hacían comentarios en cuanto a lo inteligentes, cerebritos, honrados, destacados y trabajadores que eran; de su hermano Tadao llegaron a decir que era como una máquina.

Otro recuerdo que Hanako me compartió mientras conversábamos fue que, cuando tenía aproximadamente cuatro años, una maestra le preguntó a su padre que cómo era posible que Japón se había reconciliado con Estados Unidos después de lo que éste último les había hecho, a lo que su padre respondió: “Jíjase bien, guerra es guerra, paz es paz (...) Nunca progresa si usted está resentido” (Miyaki, 2023). Y precisamente, éste fue uno de los aspectos que Hanako aprendió de su padre, el seguir adelante a pesar de las dificultades que se presenten.

A pesar de que Tadatoshi jamás regresó a Tonila, mantuvo una gran amistad con las familias *nikkei* de esta localidad, así como con aquellas residiendo en Colima. En el caso de la comunidad de la Ciudad de México, lograron generar lazos cercanos y estrechos con los miembros de la misma.

En algún momento de su estancia en Ciudad de México, años después de la guerra y de que sus hijos crecieran, Tadatoshi obtuvo un reconocimiento por su desempeño, habilidad y trayectoria en su profesión, pero sobre todo por el servicio que prestó a la comunidad. “Se relacionó muy bien, lo querían mucho, lo invitaban hasta a los bautizos” (Miyaki, 2023). En el documento que le extendieron agradecen y reconocen su labor, especialmente por ser un médico que trató y atendió a todos por igual, sin distinción de clases sociales o rasgos étnicos.

Lazos con Japón

En una de las conversaciones que Hanako sostuvo con su madre María del Refugio, ésta le contó que hubo un tiempo en el que la familia de Tadatoshi dudaba que éste estuviera estudiando por lo que Tadatoshi envió por correo un recorte de periódico donde escribían acerca de su titulación. Tras este incidente y sintiéndose ofendido, decidió cortar la comunicación por un tiempo.

De entre los miembros de su familia, Tadatoshi tenía más comunicación con una de sus hermanas. Hanako solía ayudar a su padre con la correspondencia y hacía en máquina el *romaji* (que en japonés hace referencia al alfabeto latino, a los caracteres romanos) para que fuera dentro del sobre; de esta forma su tía lo recibía, escribía la respuesta y podía utilizarlo nuevamente para mandar el mismo sobre a México. También añadió que cuando nacieron sus hermanos y ella, su padre notificó a su familia mediante cartas. De igual manera, cuando los padres de Tadatoshi fallecieron, recibió la noticia por correo.

Un aspecto interesante y cultural que me gustaría añadir en esta sección es que, cuando Hanako era niña y visitaba el consultorio de su padre, en este lugar estaba expuesta la foto del emperador japonés y, en un cajón, su padre solía guardar una fotografía del abuelo de Hanako, donde se le observaba portando un

traje tradicional. Al preguntarle a Hanako la razón por la que ambas fotografías se encontraban en la clínica de su padre, ella me contestó que era una cuestión de obediencia y respeto, tanto al emperador como a su padre. Tadatoshi no tenía foto de su madre porque decía que lo hacía débil, dado que las madres les ponen más sentimiento a las cosas. Debido a esto último, Hanako no conoce el rostro de su abuela.

Hanako y el regreso al origen

Hanako estudió la carrera de Medicina, es cirujano–partera. Tras finalizar sus estudios, hace aproximadamente 40 años, se trasladó a Colima para realizar el servicio social. La elección del lugar la hizo por recomendación de varios conocidos y amigos quienes le dijeron que Colima era una ciudad bien ubicada y tenía un centro de salud recién inaugurado, “siempre hay un destino que te atrae” (Miyaki, 2023).

Durante el servicio, se enamoró y se casó. Del matrimonio García Miyaki nacieron tres hijas a quienes nombraron únicamente con nombres japoneses: Sachiko, Yuriko y Kaori.

Hanako tuvo la oportunidad de viajar a Japón para visitar la tumba familiar, deseo que su padre no pudo cumplir dado que jamás regresó a su país de origen. Además de esto, tenía intenciones de conocer a la única tía, de las hermanas de su padre, que quedaba viva. Desafortunadamente, el día en que ella llegó, mientras el avión aterrizaba, su tía falleció. Este acontecimiento le permitió vivir y conocer lo más íntimo de la familia ya que allá, se tiene por costumbre que los dos primeros días del funeral sólo convive la familia, es hasta el tercer día que permiten a las amistades pasar a dar un saludo.

Dado que Hanako sólo hablaba japonés coloquial, al llegar a Japón iba a encontrarse con una intérprete, pero por algunas dificultades de ésta última, el encuentro no pudo concretarse. La ventaja que tuvo Hanako fue que en el vuelo en el que iba también se encontraba un amigo de su papá, el Dr. Hara, quien la acompañó en el trayecto que después realizaron en tren.

El padre de Hanako tenía la costumbre de que cuando caminaban por la calle, la tomaba de la muñeca mientras caminaba delante de ella. Jamás iban lado a lado. Así, cuando su primo, el hijo del hermano mayor de su padre, la recibió, no le extrañó que éste caminara por delante de ella, dado que su padre ya la había enseñado y acostumbrado a ese comportamiento.

Cuando uno visita a alguien en Japón, no puede llegar con las manos vacías; siempre se lleva un presente, un *omiyage*. Al llegar al hogar de su tía, lo primero que hizo fue dejar los zapatos afuera para evitar que tanto la basura física como la emocional entraran a la casa; sus familiares la saludaron y le ofrecieron de comer. Hanako me mencionó que, de un momento a otro, sus familiares corrieron un biombo y vio que detrás de éste estaba su tía acostada sobre un *tatami* (una alfombra de bambú) y cubierta con un edredón, ya que en Japón no se acostumbra utilizar ataúdes durante los velorios. Instantáneamente supo qué hacer, se hincó, prendió incienso, hizo una inclinación y dio las gracias. Le pidieron que, en señal de afecto, pusiera las manos sobre la cara de su tía, la cual estaba cubierta con una tela; después cerraron el biombo y continuaron platicando, tranquilamente, de lo cotidiano.

El segundo día cantaron y realizaron oraciones budistas. El tercer día, las amistades llegaron a presentar sus saludos, se corrió el biombo, entró un ataúd muy sencillo donde colocaron el cuerpo, le pusieron flores, y cada familiar puso un clavo con una piedra para cerrar el ataúd; posteriormente fue transportado al crematorio.

Lo más íntimo que experimentó durante su visita en Japón fue, quizás, cuando acompañó a la familia a la cremación. En lo que esperaban, conversaron. Después de un tiempo, una persona uniformada salió, limpia y con guantes, colocó una mesa donde se encontraban las cenizas y los restos de su tía. Cada integrante se formó y cuando era su turno, utilizaban unos *ohashi* (palillos japoneses) para tomar una vértebra o cualquier otro resto y colocarlos en una cajita o urna.

En Japón se acostumbra que, en una parte de la casa, la familia designe un espacio para colocar los restos de sus seres queridos. Esto asombró a Hanako, debido a que está acostumbrada a que, en México, la mayoría de las ocasiones, se recorren largas distancias para llegar a algún panteón. Así pues, no sólo acompañó

a sus familiares a depositar los restos de su tía en la tumba familiar, sino que ella también dejó unas cajitas con cosas significativas y representativas, en memoria de los familiares que habían fallecido en México: su padre y sus hermanos Tadao y Óscar Kintaro. Después, regresó a México.

Actualmente, todavía tiene algunas sobrinas en Japón, pero de su familia directa ya no le queda nadie, lo que ha generado que se pierda un poco el contacto. A pesar de todo, Hanako sueña con llevar a sus hijas, sus nietas y sus sobrinos, a gran parte de su familia *nikkei*, a Japón. Espera poder hacerlo pronto.

Participación en la comunidad *nikkei*

Como parte del legado que su padre le dejó y que ella ha querido mantener vivo, Hanako es una integrante activa y comprometida con la comunidad *nikkei*, no sólo de Colima sino de todo México.

Desde hace treinta años, aproximadamente, Hanako ha sido la presidenta de la Asociación México Japonesa de Colima. Durante nuestra conversación, hizo presente el sismo que ocurrió en Manzanillo en octubre de 1995; Hanako recibió una llamada de la embajada para notificarle que tendría que abordar un avión para trasladarse a la ciudad y ayudar con las devastaciones que había ocasionado el temblor. Jamás le pidieron que ayudara ni le solicitaron su permiso, simplemente se lo ordenaron, y ella sin dudarlo fue a apoyar. Este año, según lo que me comentó, le tocará recibir a la marina japonesa en el puerto de Manzanillo.

Finalmente, algo a destacar de entre la gran cantidad de anécdotas que me compartió Hanako es que, algo que caracteriza a la comunidad japonesa de México es que todos se apoyan mutuamente y se tratan sin importar la diferencia de clases sociales, profesiones, entre otras cuestiones. Es algo que ella destaca y reconoce no sólo de los *nikkei*, sino también de los inmigrantes japoneses que continúan emigrando a México.

Familia K

Es importante mencionar que, por petición de la familia, los nombres y apellidos de esta familia fueron cambiados, por lo que los que aquí se presentan no corresponden a los reales.

A pesar de que jamás había platicado con la señora Lupita, sí conocía a la familia por su hija Vero, quien es amiga cercana de mi mamá. Recuerdo que, en una ocasión que mi mamá no podía atender el teléfono porque estaba terminando unos quehaceres domésticos, me tocó platicar con Vero en lo que mi mamá se desocupaba.

Por razones que no recuerdo, comenzó a contarme la historia de su bisabuelo y cómo éste había sido el primero de su familia en llegar a tierra mexicana. En esa conversación me enteré de que en nuestro país había ocurrido una reubicación, un desplazamiento forzado de inmigrantes japoneses... instantáneamente quedé enganchada. Gracias a la historia de la familia de Vero fue como nació mi curiosidad por conocer más sobre este acontecimiento histórico; son la inspiración detrás de este proyecto.

Los acontecimientos que a continuación se relatan fueron descubiertos por la señora Lupita a lo largo de su infancia, ya que desde pequeña se dio cuenta de que físicamente, tanto ella como su familia, eran diferentes al resto de personas que conocían. Así, surgió una inquietud por conocer su historia y cómo había llegado su familia a México, cuestión que fue descubriendo al preguntar y conversar con sus abuelos y sus padres.

Desafortunadamente, como en muchos casos, esta historia presenta ciertas lagunas en las fechas o en la cronología de sucesos dado que, con el paso del tiempo las memorias y los documentos familiares se han ido perdiendo. Sin embargo, lo que se presenta en los siguientes apartados son algunos recuerdos que la familia K me compartió.

Los ancestros que llegaron de Japón

Los primeros dos familiares que arribaron a México antes de la Segunda Guerra Mundial fueron el abuelo materno de la señora Lupita, Takeshi, y el papá de ésta, Kenichi, quienes abandonaron la tierra del sol naciente debido a una recesión económica que atravesaba el país, además de las dificultades económicas que ambas familias enfrentaban. Lo curioso de estos dos personajes es que no cruzaron caminos sino hasta poco antes de la reubicación.

Con tan sólo un baúl como equipaje, lleno de una que otra prenda, Takeshi salió del puerto de Kōbe alrededor de 1928, dejando atrás a su esposa Akiko y a su bebé Katsuki. Tras viajar durante todo un mes en barco, finalmente llegó a Los Ángeles, donde permaneció poco tiempo antes de trasladarse a Ensenada, Baja California. Allí, se introdujo en la vida agrícola y comenzó a trabajar como campesino en cultivos de hortalizas, que solían exportarse a Estados Unidos. Poco a poco, con el paso del tiempo, aprendió español y, como mencionó la señora Lupita, al parecer las primeras palabras que le enseñaron a su abuelo Takeshi fueron majaderías.

Once años después de su llegada a México, en 1939, su esposa Akiko y su hija Katsuki abandonaron Japón para reencontrarse con él en tierra mexicana. A su llegada, Akiko se integró a la labor del campo, apoyando a su esposo, mientras que éste comenzó a enseñarle lo que sabía de español. Un año después del reencuentro, dieron la bienvenida a su segunda hija, a quien pusieron por nombre Nara Elena, este último por iniciativa e insistencia de Takeshi que, desde la primera ocasión que escuchó aquel nombre, le gustó mucho.

Inicialmente el plan de la familia de Takeshi, así como de muchos otros inmigrantes japoneses, consistía en ingresar a México, trabajar, hacer dinero y así regresar a Japón con una cantidad considerable de ahorros. No obstante, no esperaban las consecuencias que enfrentarían durante la Segunda Guerra Mundial, así como las dificultades que surgirían con la reubicación.

En el caso del segundo familiar que llegó a México, Kenichi, el padre de la señora Lupita, éste tenía 19 años cuando dejó su natal Japón. Recién había

concluido sus estudios de preparatoria y en vez de ingresar a la universidad, decidió buscar trabajo fuera del país. Afortunadamente, su primo Hiroshi se encontraba establecido en el norte de México y después de que éste le extendiera una invitación para que viniera a trabajar con él, Kenichi no lo pensó demasiado y tomó un barco.

A pesar de que se desconoce la fecha en la que salió de Japón, la familia de la señora Lupita recuerda que Kenichi alcanzó su destino final, la ciudad de Tijuana, después de un mes de trayecto. Durante su estancia, ayudó a su primo en los dos negocios que tenía: una tienda de abarrotes y la cosecha de cultivos.

Poco antes de ser reubicados a la ciudad de Guadalajara, Kenichi conoció a Takeshi y a su familia en Ensenada. El joven era mayor que la hija de Takeshi, Katsuki, por ocho años, aun así, ambos se enamoraron y se casaron después de la guerra, dando inicio a la futura familia de la señora Lupita.

Fotografía 6. El primo Hiroshi, Katsuki (mamá de la señora Lupita), Kenichi (papá de la señora Lupita) y niños (se desconoce el parentesco). Se encuentran en la playa en Baja California



Fuente: fotografía compartida por Vero.

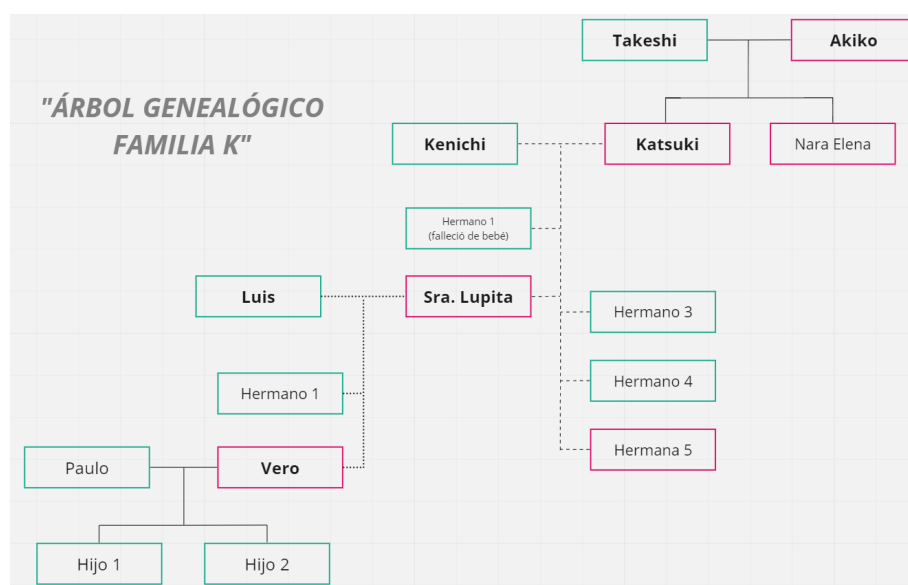
El joven Kenichi y la familia de Takeshi en tiempos de la reubicación

Para el momento en el que se emitió la orden de reubicación, en Baja California había, aproximadamente y según la señora Lupita, diez familias japonesas bien establecidas; todas se conocían y sostenían una relación cercana. La familia de

Takeshi tenía una vida estable en Ensenada, contaban con clientes y habían logrado generar un poco de patrimonio. El caso del joven Kenichi y su primo Hiroshi era muy similar, el negocio se encontraba en una etapa próspera.

Dado que Estados Unidos decretó que en la frontera norte de México se encontraban asentados varios espías nipones, ante la presión ejercida por el vecino norteamericano, el gobierno dio tan sólo unos días para que los japoneses de Baja California desalojaran sus tierras y se trasladaran a las ciudades de reubicación. Tanto la familia de Takeshi como Kenichi se convirtieron en “enemigos”, fueron tratados como prisioneros de guerra y se vieron obligados a empezar una vida desde cero.

Figura 1. Árbol genealógico de la Familia K



Fuente: elaboración personal.

La señora Lupita recuerda, de las historias que le contaron sus abuelos y su padre, que al ser todo de manera repentina no tuvieron tiempo de empacar, de conseguir comida para el trayecto o de vender sus bienes. Sólo aquellos que lograron hacerlo recibieron una miseria por sus propiedades. También añadió que los japoneses reubicados tenían que firmar su estancia en la ciudad a la que habían llegado cada semana. Debido a esto, les fue imposible regresar a sus residencias iniciales.

Al llegar a la ciudad Takeshi recibió una porción de tierras de Juan Solórzano, un tapatío, quien se las dio para que las trabajara. Debido a la buena reputación de Takeshi y a que Solórzano sabía lo bueno que era en la cuestión agrícola, se volvieron socios. Por el contrario, Kenichi logró obtener algunos recursos para abrir un taller de mofles.

Tanto Takeshi como Kenichi fueron apoyados por la comunidad japonesa en Guadalajara, así como por algunos conciudadanos mexicanos, sin embargo, por la situación de guerra, la propaganda norteamericana y los rumores de espías y ataques japoneses, no fueron recibidos con amabilidad por todos los tapatíos. Incluso la señora Lupita recuerda que, durante su infancia, algunos niños se burlaban de ella y sus hermanos haciendo gestos en alusión a su apariencia física, especialmente a sus ojos rasgados.

La comunidad *nikkei* de Guadalajara

Vero recuerda que cuando era pequeña, su familia solía ir a las reuniones organizadas por la comunidad, que tenían la finalidad de conmemorar fechas importantes a lo largo del año. Por lo general solían realizarse en la escuela japonesa Nichiboku. De hecho, la fiesta de la celebración de bodas entre la señora Lupita y su esposo Luis, en 1967, se realizó en esta escuela, donde la mayoría de la comunidad fue invitada.

Fotografía 7. Celebración de bodas, 1967.



Fuente: fotografía compartida por Vero.

La última reunión a la que asistió Vero, según recuerda, fue cuando tenía ocho años. Tiempo después dejaron de organizarlas porque, según lo que me comentaron tanto Vero como la señora Lupita, los integrantes de la comunidad se encontraban constantemente ocupados en sus negocios, además de que la ciudad comenzó a crecer y era más complicado transportarse y coordinarse en tiempos.

Fotografía 8. Convivencia en escuela Nichiboku



Fuente: fotografía compartida por Vero.

Objetos heredados

Entre los objetos japoneses que la familia conserva se encuentran los baúles de los abuelos de la señora Lupita, donde guardaron sus escasas pertenencias en su traslado de Japón a México, “aún conservo los baúles. Son vejestorios que me estorban y muchas veces he tratado de tirarlos, pero no puedo, no sé qué sentimientos trajeron ahí..., y me resulta inconcebible deshacerme de sus pertenencias” (Lupita, 2022). También se encuentran una muñequita, una tetera, dos tazas de té y un bote para guardar té, los cuales le fueron obsequiados por su abuela paterna, a quien jamás tuvo la oportunidad de conocer dado que permaneció en Japón.

La muñeca llegó cuando los padres de la señora Lupita volvieron a visitar Japón; fue un regalo que le mandó su abuela cuando ella tenía aproximadamente

once o doce años y desde entonces la conserva. “Es un recuerdo muy bonito del regalo de la abuelita que nunca conocí, por las distancias tan grandes que había” (Lupita, 2022). Recientemente se la heredó a su hija Vero para que ella la conservara.

A raíz de que Vero y sus hijos tomaron el curso de la conservación de las raíces y la memoria de la migración japonesas, impartido por el académico Shinji Hirai, el cual cursaron en línea durante la pandemia, conversaron con la señora Lupita sobre si tenían objetos heredados, cuestión que a los hijos de Vero les interesó mucho. Y, en efecto, la señora Lupita les compartió los regalos que su abuela le había hecho, entre otros objetos.

Fotografía 9. La muñequita



Fuente: fotografía capturada durante una de las entrevistas.

La tetera perteneció a la abuela paterna de la señora Lupita, esta última nos comentó que es el mismo modelo que hoy en día continúa fabricándose. Por lo general son de fierro, como la que ella conserva, no obstante, mencionó que hay otras muy bonitas hechas de porcelana.

La tetera fue heredada por primera vez a Katsuki, la mamá de la señora Lupita, quien después se la heredó a ésta. Con el paso de los años, la señora Lupita se la obsequió a Vero. “La tetera me la dio mi mamá hace como unos quince años que empecé a coleccionar teteras” (Vero, 2022).

La colección de Vero está conformada por teteras japonesas, así como fabricadas en otros lugares. Sin embargo, 80% de sus teteras son japonesas, unas compradas y otras que le han obsequiado su mamá, una tía, entre otros miembros de su familia.

Fotografía 10. Tetera antigua



Fuente: fotografía capturada durante una de las entrevistas.

Las tazas de té también eran de la abuela paterna, fueron obsequiadas al mismo tiempo que la muñequita, “ella todavía vivía y hubo cosas que le estuvo dando a mi madre para que se las trajera acá” (Lupita, 2022). La distinción de estas tazas es que una es más alta que la otra. “El del señor es la taza grande y la taza chiquita es de la señora. Por eso es que es uno más grande y otro más chiquito” (Lupita, 2022).

Las tazas son utilizadas a la hora del té, que usualmente se toma por la tarde; toman un poco de *oyatsu*, “que es un tentempié de algo dulce con el tecito en las tardes” (Lupita, 2022). También se pueden usar para tomar el té de forma individual, pero por lo general es una práctica que se realiza en pareja.

Fotografía 11. Tazas de té



Fuente: fotografía capturada durante una de las entrevistas.

El bote llegó al mismo tiempo que la tetera, “tú compras tu paquete del té, que es el *ocha* verde, ahí lo pones y de ahí vas tomando para hacer tu té del diario” (Lupita, 2022). El té *ocha* es un té verde japonés que, al comprarlo viene en hojitas secas. También pueden comprarse las mismas hojas, pero molidas, que sería el té *matcha*.

Una costumbre japonesa que, sobre todo la señora Lupita aún conserva es que, el primer té de la mañana se lo ofrece a sus ancestros. No obstante, tanto ella como su hija Vero disfrutaban de prepararse varias tazas de té al día.

Fotografía 12. Bote para guardar té



Fuente: fotografía capturada durante una de las entrevistas.

Viaje a tierras ancestrales

A pesar de no haber nacido ni crecido en Japón, la señora Lupita recuerda que, en su primer viaje a la tierra natal de sus abuelos y sus padres, en 1996, sintió que llegó a un lugar conocido, como si ya hubiera estado allí antes.

Tanto su abuela materna como su padre solían transportarla, a través de sus historias, a los entornos que habían habitado, “la geografía que me había descrito de cómo estaba el río, cómo trabajaban y cultivaban en ese entonces, era tal cual como la abuela nos platicaba. Incluso estaba todavía la casa en la que había habitado” (Lupita, 2022).

Asimismo, le ocurrió algo similar cuando visitó el lugar donde había nacido su padre; “nos contó cómo estaba el mar, los frutos de naranjo y todas las vivencias que tuvo de niño cuando nadaba con sus amigos en altamar..., todo lo viví a pesar de que nunca estuve allí con él” (Lupita, 2022).

En cuestiones del idioma, tanto la señora Lupita como Vero estaban acostumbradas a hablar japonés cuando los abuelos y los padres de la primera aún vivían. En el caso de la señora Lupita, ella recuerda que su abuela materna no conocía ampliamente el español por lo que solían comunicarse en japonés; fue así como creció siendo bilingüe. Su visita a Japón la ayudó a revivir el idioma, “yo tenía mucho tiempo que no hablaba japonés, desde que mi padre falleció. La abuela era con la que más platicaba y como mi padre trabajaba, no era tanto lo que platicábamos” (Lupita, 2022).

En cuanto a la experiencia de Vero, ella vivió algo similar. “Después de que mis abuelos murieron, en la casa ya no hablábamos tanto japonés. Yo llegaba a mi casa y era vivir de forma japonesa, comíamos mucha comida japonesa, yo hasta la secundaria conocí muchos platillos mexicanos como la carne en su jugo, que se me hacía algo muy extraño” (Vero, 2022). Así, antes de su viaje a Japón, retomó las clases. Actualmente, sí logra entenderlo, pero le cuesta un poco de trabajo expresarse: “El tiempo que estuve allá hablé más, pero ya que regresé, otra vez dejé de hablarlo”, dice (Vero, 2022).

Finalmente, la última experiencia que me compartieron fue la visita que realizaron la señora Lupita, Vero y los hijos de esta última a la tumba de sus ancestros, específicamente del abuelo materno de Vero. El cementerio al que acudieron se encuentra en Shizuoka, justo en la montaña y desde lo alto puede apreciarse la bahía, así como la carretera nueva que conduce a Tokio.

En Japón se acostumbra a tener un altar de muertos constante en algún mueble dentro de la casa. Todos los días se colocan ofrendas para los ancestros que se encuentran en ese altar, como fruta o té, además de que se les reza. También es frecuente la visita a los seres queridos que se encuentran en los panteones, por lo que en las colonias siempre hay uno. “No es como aquí que tienes que recorrer largas distancias para ir a visitarlos. Por eso ves muchos panteones chiquitos, porque son de la colonia. Y en tu casa tienes tu altar. Tengo aquí fotografías...” (Vero, 2022).

Fotografía 13. Tumba japonesa

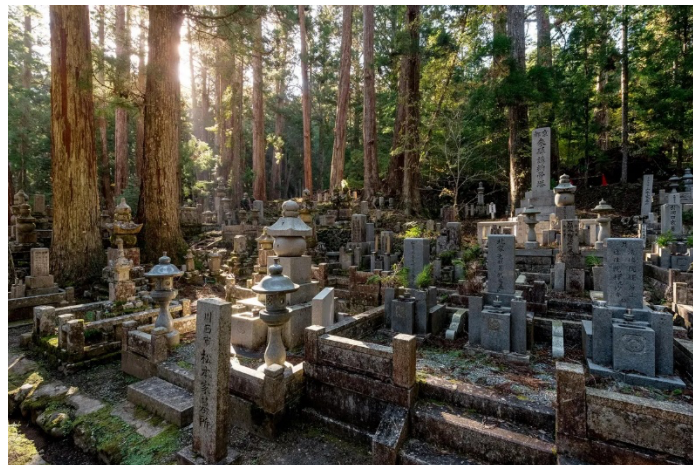


Fuente: fotografía compartida por Vero.

Una de las costumbres japonesas es que, al visitar la tumba de los ancestros, suelen ponerse flores y *osenko*, que es incienso, elemento que suele ser comúnmente utilizado en Japón.

A pesar de que la foto que se muestra a continuación no fue tomada por Vero durante su viaje, sí puede ser utilizada para la descripción que me dio en torno a algunos cementerios cerca de la parte norte, los cuales se encuentran en medio de un bosque, además de que tienen la característica de tener un andador ancho y estar cubiertos de musgo por su antigüedad. En estos cementerios se encuentran las tumbas de algunos shogunes, quienes fungían como defensores de Japón. Este título, shogun, era otorgado por un emperador a aquellos comandantes jefe que tenían por misión destruir a los bárbaros.

Fotografía 14. Cementerio japonés



Fuente: National Geographic. Fotógrafo: Marcel Gross.

Familia Kin Kanno

Rodrigo Marrokin, descendiente de la familia Kin Kanno, nació en la Ciudad de México. Es ingeniero arquitecto por la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del Instituto Politécnico Nacional. Cursó la maestría en dirección de empresas constructoras e inmobiliarias de la Universidad Politécnica de Madrid, impartida en el ITAM. Casado y con dos hijos, se desarrolla en todo lo referente a la construcción

de cualquier tipo de edificios, la adquisición del terreno, la realización de un proyecto, hacer una obra, entre otras cuestiones.

Conocí a Rodrigo gracias a la doctora Hanako Miyaki quien, en nuestra primera entrevista, lo incluyó en la videollamada con la finalidad de presentármelo, pero principalmente para que éste me compartiera su historia. Rodrigo es *nisei*, descendiente de inmigrantes japoneses de segunda generación. A pesar de que no conoció a sus abuelos, desde hace aproximadamente veinte años ha dedicado gran parte de su tiempo a investigar y descubrir la historia de sus ancestros y lo que ocurrió con ellos.

El retrato de los abuelos

Rodrigo recuerda que cuando era muy pequeño solía ver una fotografía que se encontraba en su casa, de dos señores y una niña con rasgos japoneses. Como es común en todo infante, la curiosidad lo llevaba a preguntarle a sus hermanos mayores que quiénes eran aquellas personas. Ellos le respondían que eran sus abuelos. “Y les preguntaba yo más cosas, ¿por qué eran nuestros abuelos?, ¿cómo se llamaban? Y nadie me podía decir nada” (Marrokin, 2023).

Fotografía 15. Retrato familiar (los abuelos y la mamá de Rodrigo)



Fuente: fotografía compartida por Rodrigo.

La inquietud de saber quiénes eran jamás lo abandonó y continuó preguntando a distintos miembros de su familia con la esperanza de que alguno pudiera darle más información. Cuando Rodrigo tenía entre once y doce años acudió a su abuela paterna, quien le respondió lo siguiente: “Esos señores son tus abuelos. Entraron a su casa y se los llevaron los gendarmes. Y jamás regresaron. Tu mamá se quedó solita (...) y fue adoptada por su vecina” (Marrokin, 2023). Tras recibir este comentario, Rodrigo quedó inconforme. Él quería saber más, así que continuó interrogando a sus hermanos mayores.

Con su padre jamás habló sobre este tema. Entre las principales razones por las que se abstuvo de hacerlo fue que en aquella época era un poco difícil sostener una conversación con su padre dado que éste salía a trabajar desde temprano y regresaba entrada la noche. “Era otro trato con los papás..., a mi papá nunca le pregunté qué había pasado sino a mis hermanos. Entonces así crecí, y llegó el momento en el que mis hermanos ya no me supieron decir más” (Marrokin, 2023).

Los hermanos de Rodrigo descubren que son *nikkei*

María Burgos solía ser la vecina de la familia Kin Kanno y fue quien decidió adoptar a María Dolores, la madre de Rodrigo, cuando esta última se quedó sola. Aunque no está del todo seguro, Rodrigo supone que la razón por la que esta mujer cambió los apellidos de su madre y le dio los de su familia, Burgos Castillo, fue para protegerla de quien quisiera hacerle daño por ser japonesa.

Así, María Burgos hizo que María Dolores viviera como mexicana al convertirla en su sexta hija. “Por la época, bastaba que una señora mexicana dijera ‘Esta niña es mía y es mexicana, y era suficiente’. (...) Simplemente la metes ahí con los niños y ella les decía a todos que esos eran sus hijos” (Marrokin, 2023). De alguna forma, María Burgos logró camuflar a la madre de Rodrigo entre el resto de los integrantes de su familia.

Rodrigo también me mencionó que, durante el noviazgo de sus padres y los primeros años de matrimonio de éstos, su padre descubrió más cosas sobre el

pasado de María Dolores, pero por razones que desconoce Rodrigo, ésta decidió mantener en secreto su identidad japonesa por muchos años. “¿Por qué se ocultó la identidad de mi mamá? ¿Por qué ella no quería decirle ni a sus propios hijos que era descendiente de japoneses?” (Marrokin, 2023).

Alrededor de 1957 y 1958, en una discusión familiar entre dos hermanos de Rodrigo, el secreto dejó de serlo. Rodrigo recuerda que en aquella época era muy común que los niños cantaran la canción de “chino chino japonés, come caca y no me des” sin conocer el trasfondo de esa frase, sin realmente entender su connotación racista y cómo utilizarla replicaba el repudio que sentía la sociedad mexicana en torno a las personas orientales. El conflicto surgió porque una de las hermanas de Rodrigo le estaba cantando la canción, a modo de burla, a uno de sus hermanos. Así que María Dolores la regañó “y le puso una tunda a la antigüita. ‘Jamás le vuelvas a decir esto a tu hermano’” (Marrokin, 2023). Los niños no entendían por qué se molestaba, hasta que el padre la obligó a explicarles la razón por la que no debían cantar esa canción: ella era japonesa. Así fue como los niños descubrieron que eran descendientes de japoneses.

La pérdida de dos padres

Rodrigo jamás tuvo oportunidad de platicar con su madre dado que la perdió cuando éste tenía alrededor de seis años. Un año y medio después su padre volvió a casarse y tanto Rodrigo como sus hermanos se enfrentaron a una nueva vida donde tuvieron que convivir con la esposa de su padre, así como con los hijos de ésta.

Ambas familias jamás tuvieron una buena relación. Incluso, Rodrigo me comentó que la señora lo echó de la casa, así como a otros de sus hermanos, por lo que, desde muy joven, Rodrigo tuvo que aprender a salir adelante por su cuenta, “pierdes a tu mamá (...) y pierdes muchas cosas” (Marrokin, 2023). Tiempo después, en 1982, el padre de Rodrigo falleció cuando éste último tenía 22 años.

Fotografía 16. Los padres de Rodrigo



Fuente: fotografía compartida por Rodrigo.

Los inicios de su búsqueda familiar

Cuando Rodrigo tenía entre 40 y 45 años participó en un proyecto de gasolineras, donde conoció a Guillermo Kato Matsumoto, un japonés que estaba a cargo de la administración de las gasolineras. Después de platicarle su historia, Kato lo motivó a que empezara una investigación sobre su familia. “Si tu consigues los nombres verdaderos de tus abuelos, Japón tiene todo perfectamente identificado. Con los nombres verdaderos podrás saber quién es tu familia y si es que tienes más”, fue lo que le comentó a Rodrigo en su momento (Marrokin, 2023).

Tras la conversación que sostuvo con Kato, Rodrigo dio inicio a la investigación sobre su origen y esto, a su vez, lo llevó a estudiar no sólo la inmigración japonesa en México sino también un poco de la historia del país del sol naciente.

Después de un distanciamiento familiar de aproximadamente cuarenta años, Rodrigo se reconectó con la familia adoptiva de su madre y pudo platicar con una prima mayor que él y con su tío Juan Castillo. Este último fue quien lo llevó a conocer la casa donde había vivido su niñez, ubicada en unas vecindades del siglo XIX en la calle Juan José Baz, de las cuales al día de hoy sólo se conserva una. Durante el recorrido, Juan Castillo le relató algunas experiencias que vivió en esa casa.

Tiempo después, Rodrigo se acercó para buscar apoyo en *Kaikan*, la Asociación México Japonesa en la Ciudad de México, la cual es la asociación japonesa más grande del país. En sus dos primeras entrevistas no le fue muy bien, lo rechazaron y no creyeron su historia, además de que pensaron que tenía otro tipo de intereses. Posteriormente fue a la embajada y le sucedió algo similar. Lo mandaron a entrevista con el señor Murakami y lo primero que éste le preguntó fue qué intenciones tenía. “En esta época no sabía nada. No sabía ni a lo que me metía ni a lo que me enfrentaba” (Marrokin, 2023). A la pregunta del señor Murakami, Rodrigo respondió que su intención era saber quién fue su familia. “¿Y qué papeles tiene? ¿Qué documentos tiene? ‘No pues ninguno.’ Usted no es japonés, usted no es descendiente” (Marrokin, 2023). Ante esta negativa, Rodrigo insistió comentándole al señor Murakami que necesitaba personas que pudieran ayudarlo en su búsqueda, pero éste no cambió de opinión y le dijo que no era el único que se encontraba en esa situación, que había muchas personas que inventaban historias y que los japoneses pensaban que tan sólo querían robarles sus herencias. “Lo entendí, pero me bateó. Me bateó quiero decir, no tuve suerte, salí triste, salí como que no sabía qué hacer, pero dije: no me voy a dar por vencido, este señor no es nadie para detener lo que yo quiero saber” (Marrokin, 2023). Y, tras ese encuentro, Rodrigo entendió que la búsqueda la tendría que hacer por sus propios medios.

Posterior a su visita, Rodrigo comenzó a investigar el inmueble y decidió elaborar una breve historia —la cual fue traducida al japonés con ayuda de algunos integrantes del Liceo Mexicano Japonés— que guardó en 160 sobres y envió a japoneses a lo largo de México, cuyos nombres extrajo del directorio. De esos 160 sobres, Rodrigo recibió doce respuestas, una de ellas fue enviada por Roberto Kawasaki, quien también residía en la Ciudad de México y tenía una escuela de enseñanza japonesa.

Kawasaki solía vivir en la calle de Topacio, que es la continuación de Juan José Baz, y en ésta última, según lo que le comentó a Rodrigo, había vivido uno de sus amigos, Gilberto Miyaki. Al escuchar este nombre, Rodrigo no perdió tiempo e inició una investigación para averiguar quién era Gilberto. Así que visitó *Kaikan*,

expuso el caso por segunda vez junto a la información nueva que había descubierto, y en esta ocasión consiguió los datos de la doctora Hanako Miyaki, a quien introduje con anterioridad.

El inicio de una amistad

Antes de contactar a Hanako, Rodrigo armó un expediente en el que incluía documentos, antecedentes, una explicación sobre su historia, así como los hallazgos de su investigación en el domicilio de Juan José Baz; se preparó y estaba decidido a que no ocurriera lo mismo que con el señor Murakami.

“Yo quería tener contacto para platicar con ella pensando que era familia mía. Al día de hoy la veo como mi familia, (...) como mi hermana” (Marrokin, 2023). Después de conversar por llamada telefónica, Rodrigo partió rumbo a Colima para encontrarse con Hanako. Durante su primera reunión, esta última le enseñó a Rodrigo una receta médica de su padre, el doctor Tadatoshi, como prueba de que éste ejerció su profesión en la casa de Juan José Baz, además de que su familia había residido en el inmueble que él estaba investigando.

Al ver que la forma en la que contactó y se presentó ante Hanako dio resultado, tomó la decisión de que hasta que no contara con documentos y pruebas que pudieran confirmar sus hipótesis, entonces las guardaba para sí mismo. Incluso entendió más a fondo por qué se negaron a ayudarlo cuando se acercó a la embajada, “por eso le pido un documento japonés y con ese papel que usted traiga aquí, con todo gusto podemos platicar”, fue lo que le dijeron (Marrokin, 2023). Tras citarme este diálogo de su recuerdo, Rodrigo añadió que le parecía algo entendible, simplemente hasta por cuestiones de seguridad de la comunidad y sus integrantes.

Posteriormente, Rodrigo presentó a Hanako con Juan Castillo y ambos coincidieron en ciertos detalles y descripciones sobre la casa. Así, Rodrigo llegó a la conclusión de que, muy probablemente, tanto su familia como la de la doctora Hanako tenían algún contacto en común, algún amigo que les hubiera sugerido vivir en ese domicilio. Para ese entonces, Rodrigo sólo conocía el apellido de su abuelo,

Kin, aunque no tenía manera de comprobarlo. En el caso de su abuela, aún no había encontrado algún documento que le diera a conocer el apellido de ésta.

Al mismo tiempo que reconstruía la historia de la familia Miyaki y la relación de ésta con el inmueble donde residieron sus abuelos, Rodrigo buscó información sobre las otras vecindades. Logró localizar a una familia de japoneses que llevaban cuatro generaciones, desde el tatarabuelo, residiendo allí, pero no le proporcionaron mayor información, tan sólo que sí sabían que “los chinos” habían vivido del otro lado. En cuanto a la familia Miyaki encontró que, junto al doctor Tadatoshi también laboraron, en la misma casa, el doctor Hara y el doctor Hojyo. Todos ellos llegaron a Juan José Baz como consecuencia de la reubicación, sin embargo, Rodrigo no ha podido encontrar la causa del arribo de sus abuelos a ese domicilio, quienes la habitaron entre doce y quince años antes que la familia Miyaki.

Transcurrido un tiempo, Hanako le pidió a Rodrigo que le presentara a uno de sus hermanos. Él accedió y tras conocerlo, Hanako le dijo que no le quedaba duda de que era japonés al ver a su familia. Ella le creyó y lo recibió en la comunidad *nikkei*, abriéndole las puertas.

Gracias al apoyo que Hanako le ha brindado, el expediente de la familia de Rodrigo ya fue aceptado en la embajada; llegó a manos de Yoko Ishida. “Por fin la historia de mi mamá fue recibida por la embajada, aunque sé que le dedican poco tiempo porque son personas muy ocupadas y no se separan de sus actividades, no rompen su protocolo. Pero la historia de mi mamá ya está en su tierra” (Marrokin, 2023).

Rodrigo y su inserción en la comunidad *nikkei*

Después de que Hanako le diera la bienvenida, Rodrigo fue aceptado en *Kaikan* y en la comunidad *nikkei* a escala nacional. También, comenzó a recibir llamadas y atenciones de varios japoneses a lo largo del país.

Cada que tiene oportunidad y que Hanako se lo pide, la apoya mandándole documentos desde *Kaikan*, también le consigue libros, datos, se reúne con algunas personas según lo que le pide, además de que ha puesto a disposición de Hanako

toda la información que ha descubierto durante su investigación. “Para ella yo soy vicepresidente de allá, de la Asociación Japonesa de Colima, y así en eventos que hay con los *nikkei*, yo funjo como vicepresidente del trabajo que ella hace” (Marrokin, 2023).

Aunado a lo anterior, hubo un tiempo en el que Rodrigo se integró a la asociación de *Kaikan* para darle mantenimiento al edificio. Hizo algunos amigos, participó en los eventos e incluso se inscribió al coro de la asociación en el cual cantó en eventos, iglesias, el año japonés y cuando vino el coro de Osaka.

“Una cosa dicen los documentos y otra cosa dice la sangre que traes” (Marrokin, 2023), me mencionó Rodrigo en referencia a que, oficial y legalmente, los *nikkei* son descendientes de un japonés si cuentan con algún documento familiar que lo confirme y lo avale cuestión que él, como tal, no posee. Hay gente que no ha creído en su investigación, no obstante, él sabe que tiene mayores conocimientos en torno a la inmigración japonesa a diferencia de otras personas que no perdieron a su familia.

La reconstrucción de un pasado aún incierto

El 20 de marzo de 1923 nació María Dolores, aparentemente en la localidad de Tlacotalpan en Veracruz. Fue bautizada en el mes de septiembre y durante cinco años vivió junto a sus padres. A pesar de que Rodrigo desconoce las razones por las que la familia se trasladó de Veracruz a la Ciudad de México, lo que tiene claro es que, previo a la desaparición de sus abuelos en 1928, la familia habitó una casa en la Plaza de la Aguilita en Juan José Baz.

Al quedarse sola a la edad de cinco años, María Dolores fue adoptada por su vecina, María Burgos, quien para ese entonces ya era viuda y tenía cinco hijos. Tras ser acogida en su casa, recibió los apellidos de su nueva familia, Castillo Burgos; inició una nueva vida y pasó completamente desapercibida ante ojos ajenos. En 1930, la familia de la señora Burgos cambió de domicilio. Y en 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, María Dolores contrajo matrimonio con el padre de

Rodrigo. A grandes rasgos, esto es lo que Rodrigo ha logrado reconstruir acerca de su historia familiar.

A pesar de que no existe un acta de nacimiento de su madre, Rodrigo ha buscado y rastreado por todos lados, pero ni siquiera en el registro civil pudieron otorgarle una respuesta. “Entonces no hay una prueba fehaciente de dónde salimos nosotros, legalmente hablando. No hay papeles japoneses de mi mamá, no hay acta de nacimiento, sin embargo, aquí estamos” (Marrokin, 2023). Pareciera como si su madre jamás hubiera existido, al igual que sus abuelos. Lo único que puede dar prueba de su presencia en México es el acta de bautismo de María Dolores, una caja de madera y dos fotografías. Estos últimos tres objetos los abordaré más adelante.

Después de encontrar el acta de matrimonio de sus padres, Rodrigo optó por rastrear la iglesia donde se habían casado. Tras una búsqueda exhaustiva de aproximadamente quince años en diferentes iglesias y en numerosos archivos eclesiásticos encontró un nuevo documento, un acta de bautismo en el archivo de la iglesia de San Pablo, que de 1944 le permitió regresar en el tiempo a 1923, justo cuando su madre fue bautizada. En este documento se indican la fecha y lugar de nacimiento de su madre, así como los nombres de los padrinos y los padres de María Dolores: José Rin y Juana Kanno. Fue hasta el año pasado, cuando Rodrigo encontró el registro en el libro bautismal, que descubrió el nombre y apellido de su abuela.

No obstante, surgió un nuevo problema junto a nuevas interrogantes; el apellido de su abuelo, en vez de decir “Kin”, está escrito como “Rin”, que es un apellido que sí existe y que es tanto coreano como japonés (al igual que “Kin”). En cuanto al lugar de nacimiento, el acta manifiesta que María Dolores es originaria de Tlacotalpan, Hidalgo, sin embargo, este sitio no existe, o quizás se referían a Tlacotalpan de la Cruz, que sí se encuentra dentro del mapa. Así pues, aunque Rodrigo cree que su madre nació en México, lo cual lo convertiría en descendiente de tercera generación (*sansei*), hay ciertas cuestiones que no le cuadran, como las fotografías, que abordo en el siguiente apartado.

Rodrigo ha realizado un estudio minucioso y profundo sobre la inmigración japonesa en México a través de la consulta de archivos históricos (el AGN, el archivo de concentración, el archivo de relaciones exteriores), visitas a museos, la adquisición de libros sobre el tema, la participación en convenciones de *Kaikan*, pláticas que ha sostenido con diferentes descendientes de japoneses, así como el viaje que realizó a Japón. En este último, fue a la embajada mexicana donde le dijeron que su asunto ya no era consular, sino que se había convertido en histórico. “Mientras más investigas, sacas más datos, y tienes que ir armando como esqueletos de hacia dónde quieres llegar” (Marrokin, 2023).

Pese a que no tiene claridad del lugar de origen de sus abuelos, ni a qué localidad arribaron primero al entrar a México, ha generado algunas teorías con base en el panorama histórico y social tanto de las migraciones japonesas como del contexto en el que se encontraban Japón. Así, Rodrigo deduce que sus abuelos pudieron haber nacido entre 1870 y 1885, época de los últimos samuráis. Es por esto que su enfoque de estudio abarca a partir del periodo Meiji, es decir, de 1860 a 1910–1920. Y no sólo toma en cuenta la historia de Japón, como mencioné anteriormente, sino también la de Corea, esto con el objetivo de entender y reconstruir el contexto en el que nacieron y crecieron sus abuelos.

Hasta el momento, Rodrigo ha encontrado indicios de que su abuelo nació en Corea durante un periodo en el que este país había sido anexado al Imperio Japonés como parte de la expansión de éste. Así que, su abuelo era coreano de nacionalidad japonesa y pudo haber provenido de la ciudad de Nagano o el Puerto de Pusan (ahora Puerto de Busan). Dentro de la historia de Corea, el apellido Kin resulta de gran importancia, dado que perteneció a uno de los clanes con mayor poder económico y en cuestiones de armamento después del rey. Algunos miembros de este clan estaban ubicados en Hanseong, ahora Seúl, y en el Puerto de Pusan.

Cuando Rodrigo se adentra a investigar a los Kin, sobre todo a aquellos que emigraron a México, se percató de que los antecedentes que había descubierto de algunos inmigrantes coreanos con nacionalidad japonesa que residieron en la

Ciudad de México durante los años veinte, declararon que venían del Puerto de Pusan. Es por esto que considera que su abuelo también partió de ese lugar.

Con lo que respecta a su abuela, Juana Kanno, tiene la teoría de que ésta es originaria de Japón, posiblemente de la prefectura de Nagano, la de Gunma, o de la ciudad de Tokio. Recuperando la investigación que realizó sobre los Kin, en ésta descubrió que existe un gran número de matrimonios entre japoneses que residían en Tokio con personas del pueblo coreano (con nacionalidad japonesa), es debido a lo anterior que ha tomado en consideración a la ciudad de Tokio.

También me mencionó que le resulta bastante interesante el matrimonio entre sus abuelos, especialmente porque le intriga averiguar cómo fue que surgió, cómo se habrán conocido a pesar de las condiciones territoriales en las que se encontraban. “Resulta muy curioso que, si eran esclavos los coreanos, un coreano tuviera una hija con una japonesa, ¿cómo vas a tener un hijo o vas a vivir con una mujer de quien te está esclavizando? (...) De entrada, si se conocieron aquí o se conocieron allá, era una relación muy difícil de darse” (Marrokin, 2023).

La prefectura de Nagano surgió en su investigación por razones que ni el mismo Rodrigo logra entender. Mientras se encontraba haciendo búsquedas en un sitio de internet, su computadora se volvió loca y en la pantalla apareció la cabeza de una muñequita que le dijo que sí identificaba el nombre de Juana Kanno. Posteriormente, la máquina localizó la Ciudad de México y de ahí, sin que Rodrigo presionara ninguna tecla, la computadora realizó un trazo hacia un pequeño punto en Japón, un lugar cerca del pueblo de Tomioka y de la prefectura de Hara: Nagano. Y eso fue todo, no logró encontrar más información. “Tú eres de aquí”, eso le dijo la computadora mientras colocaba el punto en el mapa, así que ha decidido no descartar esa ciudad.

Con respecto a la prefectura de Gunma, decidió incluirla como parte de su investigación dado que en una fotografía de su madre cuando ésta era niña aparecen unas azaleas y, al igual que los crisantemos (que abordaré a continuación), estas flores tampoco eran mexicanas, sino que provenían de Gunma. Aunado a esto, la muñeca *ikimasu* que está abrazando su madre en la fotografía

17, también están relacionadas con esta prefectura, como se podrá conocer en el siguiente apartado.

Aunque Rodrigo desconoce la fecha en la que sus abuelos llegaron a México, recientemente encontró una F14,³ una credencial o identificación que en aquella época se otorgaba a los inmigrantes, a nombre de un José Kin que declaró haber entrado a México el 14 de abril de 1905. El problema es que la ficha no tiene la fotografía de esta persona, por lo que Rodrigo no tiene forma de comprobar si se trata de su abuelo.

Finalmente, entre las posibles razones por las que los Kin Kanno emigraron a México se encuentran que 1) huían de la guerra y la violencia que había ocasionado Japón al pelear contra Rusia en 1905, suceso del que quedó devastada, así que buscaban un lugar estable para vivir, donde hubiera paz y comida, y 2) quizás abandonaron Asia porque no sentían que pertenecían a la comunidad coreana ni a la comunidad japonesa, dado que ambos grupos veían con desaprobación la unión entre japoneses y coreanos. Así que decidieron huir.

Revelaciones fotográficas

A lo largo de su investigación, Rodrigo ha logrado reunir algunas fotografías de su familia, entre ellas la que él veía de pequeño donde se encuentran sus abuelos junto a su madre de dos años (fotografía 15), así como una de cuando María Dolores tenía entre tres y cuatro años. Él calcula que estos retratos fueron capturados entre 1925 y 1926, no obstante, tiene dudas del lugar donde fueron tomadas, dado que sus investigaciones le indican que no son fotografías mexicanas, sino japonesas.

Es importante mencionar que, como parte de su búsqueda, Rodrigo también ha estudiado los elementos que conforman la escenografía y vestimenta en las fotografías con la finalidad de que éstos le revelen más detalles sobre el contexto, la época, y el lugar en el que se encontraba su familia cuando fueron retratados.

³ La F14 contiene información importante para identificar al inmigrante. Entre los datos que tiene se encuentran: nombre, fecha de entrada al país, lugar de origen, domicilio mexicano en el que estará residiendo, el número de extranjero, señas particulares, edad, fotografía, entre otras cuestiones.

Afortunadamente, esta práctica ha dado luz a su investigación y le ha permitido aterrizar ciertas suposiciones e ideas.

Las fotografías originales solía tenerlas su hermana mayor, quien se fue a vivir a Estados Unidos cuando tenía veinte años. En 1982, Rodrigo fue a visitarla y regresó con copias de éstas. “Muchos años después, al ver que yo investigaba, investigaba e investigaba, me dijo ‘Esta foto no merezco tenerla yo, mereces tenerla tú por todo lo que haces’, y me regaló la fotografía” (Marrokin, 2023). Sin embargo, la fotografía 17, que se muestra a continuación, la consiguió gracias a una de las nietas de María Burgos.

Tras localizar a la familia adoptiva de su madre, conversó con algunos nietos de la señora Burgos. Una de las nietas le enseñó una fotografía, pequeña, que hoy en día es muy importante para Rodrigo. En ésta podemos apreciar a María Dolores sosteniendo un crisantemo en su mano derecha mientras que con la izquierda abraza a una muñeca *ikimasu* de cerámica. En el suelo, justo frente a cada uno de sus pies, se encuentran dos militares, uno de blanco (derecha) y el otro de negro (izquierda). Trasladándose a la historia y realizando una búsqueda sobre estos últimos dos elementos, encontró que se tratan de un militar japonés y uno coreano.

Fotografía 17. María Dolores



Fuente: fotografía compartida por Rodrigo.

En cuanto al crisantemo, al investigar sobre esta flor, Rodrigo descubrió que antes de crecer en suelo japonés, ésta era originaria de China y no llegó a México sino hasta 1930, dos años después de que se perdiera todo rastro de sus abuelos. “¿Cómo le hizo mi mamá siendo niña para ser fotografiada con un crisantemo en la mano cuando en México no existían los crisantemos?” (Marrokin, 2023). Además, Rodrigo descubrió que esta flor fue el emblema Imperial de Japón, a partir del siglo XII durante el gobierno del emperador Go-Toba, y solía ser utilizado tanto por el emperador como por la familia imperial.

Con respecto a la muñeca *ikimasu*, ésta también es originaria de China y la relevancia que tiene en Japón es que, según lo que me platicó Rodrigo, ésta iba a ser un regalo para los estadounidenses por las armas que éstos les otorgarían a los japoneses en la prefectura de Gunma, siendo las primeras en todo el país. No obstante, esta situación jamás se concretó. La muñeca llama la atención de Rodrigo por la vestimenta que posee, la cual es muy similar a la de su madre, y que pareciera ser occidental.

Recuperando la fotografía donde se encuentran los abuelos y la madre de Rodrigo (fotografía 15), su abuela viste una prenda coreana donde logra distinguir una mezcla entre un *kimono* y un *hanbok* (vestido tradicional coreano). Ésta está compuesta por una blusa de manga larga con lo que parecen ser flores bordadas. Entre sus descubrimientos, Rodrigo encontró que la ropa bordada no era utilizada por la gente común o del pueblo, sino que sólo grupos distinguidos o importantes tenían acceso a ellas, por lo que puede que su familia perteneciera a una clase social mejor acomodada.

El abuelo viste un traje, el cual era muy común en Japón, con una camisa coreana, que se distinguía por tener las puntas del cuello redondeadas. Además, trae mancuernillas las cuales fueron inventadas en Europa y trasladadas a Estados Unidos. En el caso de María Dolores, ésta trae vestidos en ambas fotografías con caracoles bordados.

Cada elemento de la vestimenta del abuelo, la abuela y la madre de Rodrigo llaman su atención; el sombrero, los zapatos de cada uno, la falda de seda de la

abuela. A sus ojos, pareciera que la ropa que usan es una mezcla entre prendas orientales con occidentales.

Una caja de origen japonés

Desafortunadamente, y por razones que aún continúan siendo inciertas, todos los documentos, objetos y pertenencias de María Dolores, la madre de Rodrigo, se perdieron. Con el paso de los años, Rodrigo ha elaborado algunas teorías sobre qué fue lo que ocurrió con ellos: quizás María Burgos, la mujer que adoptó a su madre, los perdió o los desapareció para protegerla de la violencia ejercida en torno a la comunidad asiática o, pudieron haber sido destruidos en tiempos de la Segunda Guerra Mundial con el mismo propósito. Sin embargo, estas teorías continúan encontrándose en el campo de las posibilidades, sin otorgar a Rodrigo una respuesta concreta.

Pese a lo anterior, de entre los pocos objetos que conserva, a manera de recuerdo, se encuentra una pequeña caja de madera de origen japonés, que mide aproximadamente 25 centímetros de largo, 20 centímetros de ancho y 12 centímetros de profundidad. Rodrigo recuerda cómo de niño llegó a curiosear, en incontables ocasiones, lo que se encontraba en su interior: una gran cantidad de monedas, la mayoría desconocidas para él, provenientes de diversos países. Encima de éstas solía haber un diccionario pequeño de español-japonés, que había surgido gracias a los inmigrantes japoneses de la colonia Enomoto en Chiapas; éstos tradujeron el diccionario que originalmente era en inglés-japonés, y tras realizar esta labor, lo enviaron a Japón, donde fue editado en 1925. Por último, junto a las monedas y al diccionario, también se encontraban unos *hashis* de marfil, que eran unos palillos con los que solía comer su mamá, utensilios que en un inicio Rodrigo había confundido por juguetes, dado que pensó que se trataba de unas pequeñas espadas.

Fotografía 18. La caja de madera



Fuente: fotografía compartida por Rodrigo.

Por muchos años la caja estuvo perdida. Hasta la fecha, Rodrigo no recuerda cómo fue que regresó a sus manos, ni por qué. Tras la muerte de María Dolores, el padre de Rodrigo conservó algunas pertenencias de su difunta esposa, entre ellas la caja de madera. Con el paso de los años y cuando sus hermanos comenzaron a casarse, se llevaron cosas de su madre. No obstante, cuando uno de sus hermanos mayores tuvo una pelea con su padre, abandonó la casa y se fue a vivir con uno de sus amigos, llevándose aquella caja. Ahí fue donde se perdió todo lo que había en su interior.

Todo lo referente a las pertenencias de su madre, Rodrigo solía pedirlo a sus hermanos, y es así como supone que pudo haber recuperado la caja, después de que uno de éstos decidiera devolvérsela. “Esas cosas son de valor para quien realmente valora lo que es. Pero, hay gente a la que no le interesa, no a todos los *nikkei* les interesa su historia” (Marrokin, 2023).

Ahora bien, ¿qué ocurrió con lo que había contenido la caja de madera? Rodrigo me compartió que buscó al amigo de su hermano, aquel con quien se había ido a vivir, y le preguntó por los objetos faltantes. La respuesta que obtuvo fue que, todo aquello que había albergado la caja habían sido como juguetes para sus hijos, así que claramente no logró que se los devolvieran.

Un viaje a Japón

A lo largo de doce años Rodrigo asistió a las convenciones nacionales en la Ciudad de México. También tuvo la oportunidad de participar en la convención panamericana, donde se congregaron *nikkei* de diferentes partes del continente, desde Canadá hasta aquellos residiendo en Chile. Me comentó que, aquella ocasión representó una oportunidad para él, sobre todo porque pudo conocer descendientes de otros países, investigar y compartir su historia. Me mencionó también que algunos *nikkei* escucharon acerca de él a través de pláticas con otras personas, así que se acercaron a Rodrigo para conversar con él y para que les relatará los sucesos de la desaparición de sus abuelos, así como lo referente a su investigación y sus hallazgos.

Tiempo después viajó a Japón para asistir a la Convención Mundial *Nikkei*, un evento donde se reúnen todos los *nikkei* del mundo. “Es impresionante lo que aprendes y lo que vives. Además, es muy bonito porque te enfrentas a un problema chistoso, difícil pero muy agradable, de que estás en una mesa con diez o doce personas y todos hablan distintos idiomas. Entonces tienes que comunicarte a fuerzas (...) El luchar por poderte comunicar para decirle algo a alguien que está sentado a lado tuyo, que no habla tu idioma, tienes que apoyarte de otro, y eso hace que interactúes con otras personas” (Marrokin, 2023).

Rodrigo añadió que, además de escuchar las historias de otros descendientes, también se comparten unos a otros el desarrollo y crecimiento que han tenido en sus áreas profesionales. Aunado a esto, se dio cuenta del gran talento que tienen los integrantes de la comunidad, como muchos de los artistas que participaron para animar el evento. “Haces muchas amistades muy bonitas, aprendes mucho (...) Ves cosas que nunca vas a ver en México, la verdad” (Marrokin, 2023).

Durante su visita a Japón conoció la biblioteca más grande del país en compañía de uno de sus amigos japoneses, quien le auxilió con el idioma. Además, a lo largo de su estancia se percató de la atención que Japón otorga a los descendientes residiendo en otras partes del mundo, a la preservación de la

identidad *nikkei* y de cómo el gobierno continúa destinando recursos para los mismos, dado que todavía los considera parte de la nación, “y efectivamente, no nos podemos separar los que somos descendientes” (Marrokin, 2023).

Finalmente, conoció la ciudad de Kioto, donde visitó varios templos con la finalidad de pedir ayuda a los Budas, como aquel de Nara, que mide 100 metros de altura. “Y sentí muchas cosas. Ir a la tierra de mi familia y decirles ‘No los he olvidado y aquí estoy. Vine hasta aquí porque los queremos y no los olvidaremos nunca.’ (...) Es una experiencia que me sirvió culturalmente, familiarmente; no avancé mucho en mi investigación, pero el haber conocido cómo es Japón me llenó, me llenó bastante espiritualmente” (Marrokin, 2023).

3. Resultados del trabajo profesional

Tras haber conversado con cinco descendientes de inmigrantes japoneses y haber escuchado sus historias, encuentro ciertos aspectos en los que estas últimas convergen, así como otros en los que cada una cuenta con sus particularidades. En específico, hay algunos ejes que me gustaría abordar en esta sección ya que llamaron mi atención no sólo porque fueron mencionados por los descendientes, sino también porque implícitamente me permitieron descubrir rasgos, sentires y actitudes que esperaba, y a la vez no, encontrar.

Cada uno de estos ejes está mayormente influenciado por la adaptación y la inserción de los inmigrantes japoneses en la sociedad mexicana, las consecuencias del conflicto entre Estados Unidos y Japón, el correr del tiempo y, el olvido de un periodo histórico.

Entre los primeros ejes a abordar están los motivos para abandonar Japón y las condiciones en las que emigraron. La mayoría de los entrevistados coincidieron en que sus familias dejaron Japón debido a las problemáticas económicas que complicaban que éstos pudieran desarrollarse de manera estable en el país. Aunado a éstas, la familia Kin Kanno visibiliza otras causas de expulsión como la violencia por las guerras que inició Japón o en las que se involucró, así como la

carencia de aprobación en torno a la unión entre una persona japonesa y una coreana.

También, es importante resaltar que, de todos los inmigrantes, únicamente los de la familia K tenían el objetivo de trabajar temporalmente en México, ahorrar dinero y regresar a su natal Japón. Sin embargo, por la pérdida de bienes y patrimonio, así como las dificultades que surgieron con la reubicación, se vieron imposibilitados de cumplir con esa meta. Desafortunadamente, otro rasgo en común que comparten estas familias, a excepción quizás de los padres de la señora Lupita, es que jamás volvieron a pisar tierra nipona.

Llama la atención que, de todos los inmigrantes japoneses presentados, únicamente Tadatoshi Miyaki ingresó a México de forma “legal” o regular mediante el tratado *yobiyose*, a diferencia de las familias Ashida, K y Kin Kanno, quienes llegaron en condiciones sumamente diferentes, inclusive menos afortunadas. Con esto no quiero decir ni asumir que Tadatoshi gozara de una vida digna y económicamente estable mientras se encontraba en Japón, dado que no fue así, no obstante, contó con el apoyo —sobre todo económico— de su familia, y al ser un profesionista en busca de terminar su formación estaba, en cierto modo, más protegido y respaldado por Japón y México cuando arribó a este último.

De igual manera, cada uno de los integrantes de estas familias iniciaron su vida en tierra mexicana con escasos recursos, y fue a base de sacrificios, así como de adaptación a los cambios que tuvieron que enfrentar, entre ellos la reubicación, que lograron salir adelante.

El segundo eje es referente a la religión y la espiritualidad. Como observamos, cada uno de los inmigrantes de las familias anteriormente mencionadas practicaban una religión distinta al catolicismo, previo a su llegada a México. La mayoría eran sintoístas, pero para convertirse en integrantes de la comunidad mexicana o incluso si querían contraer matrimonio con alguno de los miembros de ésta, como fue el caso de Tsunejiro Ashida y Tadatoshi Miyaki, tenían que ser bautizados con un nombre que fuera cristiano, renunciando al que habían obtenido al nacer. Esto no sólo era por fines católicos o por el rechazo hacia la presencia de la comunidad japonesa en tierra mexicana durante la Segunda Guerra

Mundial, sino que también volvía más práctica la identificación de los inmigrantes, dado que muchos mexicanos desconocían el japonés, así como la pronunciación y la escritura de los nombres.

A pesar de haber sido bautizados y que en ciertos casos algunos japoneses se convirtieran al catolicismo, como ocurrió con la familia de la señora Lupita, la mayoría continuaron siendo fieles a sus creencias ancestrales. Y, aunque suene difícil de creer, pareciera como si a través de las generaciones hubieran heredado “un algo espiritual” a sus descendientes que impregna la forma de actuar, hablar y ver la vida de éstos; cuestión que percibí en cada uno de los entrevistados con los que conversé. Recupero lo dicho por Hanako Miyaki en apartados anteriores: “yo contemplo el cielo, las nubes, una hoja, cómo brota una flor, pero el mexicano no hace eso; el mexicano puede estar cortando los árboles y no contempla, no le importa su comportamiento hacia con los otros” (Miyaki, 2023).

Es impresionante cómo esta espiritualidad y contemplación japonesas continúan apareciendo a medida que surgen nuevas generaciones. Desafortunadamente, también está presente un contraste en este último aspecto, ya que existen muchos *nikkei* que han perdido, con el paso del tiempo y el cambio de las generaciones, su conexión con las raíces ancestrales; se dejan de otorgar nombres japoneses cuando nacen nuevos integrantes en la comunidad, ya no se enseña ni practica el idioma, así como algunas tradiciones van quedando en el olvido dado que sólo las generaciones de *nikkei* más cercanas a los primeros inmigrantes japoneses son las que las mantienen con vida pero, aproximadamente a partir de la cuarta generación comienzan a perderse.

Cuando platiqué con Guillermo Ashida, lo que él me comentó fue que conoce a muchos *nikkei* que ya no hablan japonés por dos cuestiones: no se los enseñaron sus padres o abuelos, y la más importante, no tienen interés en aprenderlo. “Mi papá no hablaba japonés. ¿Por qué mi abuelo no procuró que aprendiera a hablarlo? Es su origen...” (Ashida, 2023). A esto añadió que él detecta y ha visto en miembros de la comunidad cierta negación del origen y que son pocos los que se interesan por

hablar el idioma de sus ancestros, sin embargo, también “hay mucho chauvinismo⁴, como orgullo de los orígenes, pero es como si fueran títulos ahí, pegados, que venimos de aquí y acá, pero de eso a vivirlo..., es una enorme brecha y poca gente lo ha hecho” (Ashida, 2023).

Esto último llamó mi atención, así que le pregunté si él consideraba que hacía presente sus orígenes en su vida diaria, a lo que me compartió que sí, especialmente cuando estuvo viviendo un año en Japón. A pesar de que sólo habla japonés básico puede sostener una conversación, quizás no completa, pero sí considera que puede sobrevivir y hacer muchas cosas allá al emplear lo que conoce de japonés. Además, a través de su trabajo como paisajista y jardinero mantiene vivo el legado no sólo de su abuelo Tsunejiro, sino también del resto de su familia que se dedicó a la arquitectura, el paisajismo y los jardines.

En el caso de Rodrigo Marrokin, éste me compartió que, de sus siete hermanos, él es el único que se ha dado a la labor de investigar acerca de sus orígenes familiares, “a los demás no les interesa investigar. Y cuando les doy algún dato, pues sí les interesa, pero ahí lo echan al cajón de los recuerdos” (Marrokin, 2023). Él considera que ese desinterés se debe a una consecuencia natural que se da por el paso del tiempo y las generaciones “y lo vemos con toda la gente, se va perdiendo porque dejas de sentirlo” (Marrokin, 2023).

A esto añadió que, a pesar de que se tengan rasgos y que, para algunas generaciones, como la tercera, la cuarta o la quinta, van quedando antecedentes de que son descendientes, ya no es lo mismo porque no se enfrentaron a entender verdaderamente lo que vivieron sus familias, así como el resto de la comunidad. “Y los que sí lo sentimos, en mi caso yo sí lo siento, sabemos que nos vamos a acabar algún día, pero el transmitir tus orígenes, sobre todo yo que existo y quiero saberlos y no los tengo, pues me pongo a ver cómo están los que teniendo todo no lo sienten” (Marrokin, 2023).

El siguiente eje está relacionado con el trato que recibieron los integrantes de estas familias, desde los primeros que pisaron tierra mexicana hasta los

⁴ El chauvinismo puede entenderse como la creencia irracional de que un grupo social es superior o dominante sobre otro que es inferior, débil y no virtuoso.

descendientes con los que conversé. Todos experimentaron algún tipo de discriminación por parte de sus conciudadanos mexicanos, al menos de ciertos grupos, dado que sí recibieron apoyo y solidaridad de otros. Específicamente identifiqué tres momentos o periodos históricos en los que se exacerbó el rechazo a los inmigrantes japoneses: 1) en el norte del país durante el Porfiriato (experiencia que vivió tanto Tadatoshi Miyaki como, muy probablemente, la familia Kin Kanno, a pesar de que éstos últimos tan sólo residieron en Veracruz y la Ciudad de México); 2) tras el ataque nipón a Pearl Harbor y la influencia que generó la propaganda antijaponesa que difundió Estados Unidos, y finalmente 3) los primeros años de posguerra cuando el sentimiento aún se encontraba latente.

Una burla que algunos descendientes, como la señora Lupita y Hanako, experimentaron de forma frecuente especialmente durante su niñez fue que les hicieran gestos mofándose de su apariencia física. También estaba esa canción de “chino chino japonés” donde claramente puede entenderse que los mexicanos veían a ambos inmigrantes como si fueran iguales, omitiendo las diferencias culturales y étnicas entre éstos. Además, la repetición de ésta permitía que se continuara reproduciendo el desprecio hacia las personas asiáticas a través de un modo aparentemente inocente.

Durante la entrevista que sostuve con el académico Shinji Hirai, éste me comentó que el periodo de mayor discriminación y complicaciones para la comunidad japonesa fue durante la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra. Mientras se desenvolvía la guerra, se les prohibió realizar reuniones japonesas y se les excluyó socialmente. “Hubo una época (...) que ser japonés se sentía como una desventaja, un estigma” (Hirai, 2017).

Al romperse el lazo con Japón, la correspondencia entre los inmigrantes y sus familiares cesó. Surgió un cambio en su actitud, ya no querían hablar de su país natal ni tampoco deseaban transmitir el lazo y el sentimiento de pertenencia con la siguiente generación. Se perdió la práctica del japonés, la religión sintoísta y budista, así como algunas recetas de platillos típicos. En cuanto a los años de posguerra, Shinji me compartió que muchos de los hijos de los inmigrantes, es decir,

los japoneses de segunda generación sufrieron de bullying, aunque en ese entonces no era llamado así, a lo largo de 1940 y 1950.

Otro eje que surgió y me resultó sumamente interesante, dado que no lo había considerado, es el resentimiento que guardan algunos inmigrantes japoneses hacia su tierra. Guillermo Ashida identifica que, tanto su abuelo Tsunejiro como la generación de inmigrantes de éste, “tuvieron y tienen un gran resentimiento con Japón porque de alguna manera hubo un tipo de expulsión” (Ashida, 2023), ya que fueron obligados salir del país para buscar una vida mejor y más estable en otro lugar.

El último eje a abordar es el desconocimiento de este capítulo en la historia tanto de la comunidad *nikkei* como mexicana. Tanto Guillermo Ashida como Rodrigo Marrokin coincidieron en el hecho de que muchos integrantes de la comunidad no saben ni tienen la menor idea de cómo se ha conformado la misma ni de cómo se ha desarrollado su historia, especialmente los eventos importantes a lo largo de distintos periodos históricos como lo que ocurrió antes, durante y después de la reubicación. Y si desconocen esto, es menos probable que descubran más acerca de aspectos a mayor escala, es decir, que se adentren a entender la historia de Japón, así como el contexto del que provienen sus ancestros inmigrantes.

Recuperando el trabajo de Francis Peddie, el historiador se plantea una pregunta, ¿por qué este asunto no tiene mayor importancia en la memoria de la colonia japones en México? Y menciona que, en otros países de América, como Estados Unidos, Canadá, Brasil y Perú, donde ocurrieron cosas similares, “la experiencia durante la guerra es un elemento esencial de su historia e identidad” (Peddie, 2006). Él se ha percatado de que muchos académicos e incluso estudiantes han desarrollado investigaciones en torno a este periodo en sus respectivos países, pero al analizar el caso de México, éste pareciera no estar tan preocupado por rescatar las experiencias acaecidas en ese tiempo, ¿por qué?

A esto es importante añadir uno de los retos que presentó esta investigación y que consistió en que únicamente existen estudios sobre las comunidades japonesas en México a nivel general o enfocados en las comunidades que residieron en el norte del país o en Chiapas. Carecemos de estudios e

investigaciones que exploren, de manera minuciosa y detallada, la historia de la comunidad *nikkei* en Guadalajara.

A través de su trabajo e investigación, Peddie ha detectado siete razones por las cuales considera que el periodo de reubicación no tiene tanto peso en el discurso histórico de la comunidad japonesa en México. El primer factor tiene que ver con el hecho de que el tamaño de la colonia japonesa y mexicano-japonesa, como se abordó en el apartado de antecedentes, era pequeña en comparación con la de otros países. En México eran alrededor de 6,000 japoneses, de los cuales 3,500 se vieron afectados durante el periodo de reubicación. Por el contrario, en Estados Unidos se estima que existían alrededor de 285,000 japoneses, de los cuales 120,000 resultaron afectados; en Brasil había 205,000, en Canadá 22,000 y en Perú 18,000 (Peddie, 2006).

Es importante mencionar que estas cifras no toman en cuenta a los japoneses que no se vieron obligados a desplazarse hacia las ciudades céntricas, lo que reduce el número de afectados. Así que, en palabras de Francis, “menos ojos observaron los eventos, menos voces hablaron sobre ellos, y hubo menos manos que escribieron al respecto” (Peddie, 2006). No obstante, por lo que he observado gracias a los descendientes que entrevisté, sí existen *nikkei* que registraron las memorias de sus familias, pero decidieron mantenerlas dentro de éstas dado que no les interesaba darlas a conocer de manera pública sino únicamente en el entorno familiar para que las generaciones más jóvenes y las posteriores a éstas conocieran sobre el pasado de la familia.

El segundo aspecto tiene que ver con la “benevolencia” de la concentración, como la califica Peddie. A pesar de que el historiador reconoce que muchos japoneses de primera y segunda generación enfrentaron problemas económicos, sociales y sufrieron emocionalmente, realmente no se les trató como en otros países. “Mientras obedecieran las reglas, abandonaran las fronteras y costas, y se registraran en la Secretaría de Gobernación,” no se veían envueltos en problemas graves (Peddie, 2006). Además, tuvieron a su favor que Sanshiro Matsumoto, un líder del *kyoeikai*, sostenía una buena relación y amistad con Maximino Ávila Camacho, el hermano del entonces presidente de la república.

La tercera razón se basa en las diferentes experiencias que tuvieron los miembros de la colonia japonesa, especialmente si ubicamos los grupos de japoneses que ya vivían en el centro del país de los que vivían en las fronteras, las costas o las periferias. El primer grupo, en su mayoría, estaba conformado por japoneses con recursos y con una mayor preparación; al no verse gravemente afectados por la reubicación, realmente no dejaron un registro de la experiencia de lo ocurrido. En cambio, Peddie distingue que la memoria colectiva de la comunidad tiende a reflejar principalmente las experiencias de la gente del centro del país, lo que ocasiona que se niegue de manera inconsciente las vivencias e historias de la otra parte de la colonia que perdió casi todo (Peddie, 2006).

A lo anterior es importante agregar que, la mayoría de los inmigrantes japoneses eran personas humildes, que no contaban con una formación académica amplia en su idioma ni mucho menos en el español, lo que propició que no pudieran defenderse o protestar ante las injusticias que sufrieron, cuestión que hubiera dejado ciertos registros en los archivos públicos. Además, no tenían forma de conocer sus derechos como residentes o ciudadanos, ni tenían las herramientas para escribir e inmortalizar sus memorias, más bien fueron sus descendientes los que hicieron esto último.

El quinto aspecto radica en la ausencia de organización, tanto en el hecho de que emigraban de forma individual o en pequeños grupos, así como en el hecho de que carecían de organizaciones con presencia y voz que garantizaran el cumplimiento de sus derechos, sobre todo durante el periodo de reubicación. A diferencia nuestra, Estados Unidos fundó la Japanese American Citizens League (JACL) que contribuyó en la defensa de los integrantes de la comunidad japonesa durante la Segunda Guerra Mundial y al término de ésta luchó para rememorar lo que sufrieron éstos (Peddie, 2006).

A pesar de que México contó con el apoyo clave del *kyoeikai*, realmente no fue un organismo bien estructurado o planeado, sino que surgió como una medida de emergencia para hacer frente al desplazamiento forzado. Y, a pesar de que Peddie considera que sus acciones fueron laudables, no hubo continuidad durante la posguerra.

El sexto aspecto radica en la imposibilidad de que se creara un punto de vista común sobre la experiencia japonesa durante el conflicto dado a la separación de la comunidad en dos bandos: los *makegumi*, aquellos que aceptaron la derrota de Japón al término de la guerra y que consideraron inútil regresar a su país de origen, por lo que buscaron reconstruir su vida en tierra mexicana. Y los *kachigumi*, quienes afirmaban que Japón había salido victoriosa, consideraron traidores a los *makegumi* e incluso expulsaron a algunos de ellos de su comunidad. No obstante, en un viaje que realizaron a tierras niponas en 1946 se dieron cuenta de que Japón realmente había quedado devastada (Peddie, 2006).

Finalmente, se encuentran los factores culturales. Uno de ellos es quizás que los inmigrantes japoneses hubieran salido de Japón con la finalidad de no realizar el servicio militar obligatorio, por lo que optaron permanecer en México a pesar de lo ocurrido. Otro factor que aborda Peddie tiene que ver con la tradición confuciana, es decir, que los japoneses tenían por costumbre no cuestionar a las autoridades, por lo que no hubo, como tal, una resistencia al desplazamiento forzado (Peddie, 2006). Cuestión que también me mencionó Hanako Miyaki en cuanto a que los japoneses no son personas conflictivas. Un último factor que considero que también es clave, hace referencia a la reserva de los japoneses, sobre todo de las primeras generaciones, de platicar con sus familiares lo que vivieron durante la reubicación.

Así, esos son algunos factores importantes que podrían ayudarnos a explicar y entender el por qué este suceso histórico no es parte de la memoria colectiva de la comunidad japonesa, así como de la mexicana. Afortunadamente, hoy en día existen ciertos documentos e investigaciones que buscan visibilizar a la comunidad *nikkei*, pero aún falta mucho por investigar, conocer y difundir.

4. Reflexiones y aprendizajes

Aprendizajes profesionales

A lo largo del proyecto tuve la oportunidad de desarrollar con mayor profundidad mis habilidades de investigación, recopilación y análisis de información. Cuando inicié

el PAP ya tenía ciertos conocimientos en torno a la reubicación japonesa, además de que había tenido la oportunidad de entrevistar a una familia *nikkei* con anterioridad para uno de los laboratorios de mi carrera. Así, pese a que sentí que no me adentraba en territorio desconocido, fue altamente gratificante profundizar en un tema que me apasiona e interesa, descubrir nuevos datos y documentos históricos, como el libro de Sergio Hernández, así como conversar con Shinji, que no sólo es un antropólogo dedicado a preservar la memoria *nikkei* desde su trinchera, en Monterrey, sino que también es un miembro activo e importante dentro de la asociación japonesa del país.

Aunado a lo anterior, algo que considero que logré mejorar fueron mis habilidades para sistematizar toda la información y experiencias que me compartieron los descendientes con los que pude platicar. Fueron grandes cantidades de información y sí llegó a abrumarme el cómo iba a lograr plasmar lo que me habían compartido de la manera más fiel y concisa posible, y espero haberlo logrado. Además, a excepción de la familia K, con quienes sostuve varias conversaciones, sólo pude entrevistar al resto en dos ocasiones y sí considero que me hicieron falta sesiones para haber abarcado más aspectos que quedaron fuera, así como resolver las preguntas que continuaron surgiendo.

En relación con mis principales aprendizajes, específicamente acerca de la comunidad, se encuentran el haberme percatado de que la migración japonesa no fue una experiencia homogénea para cada uno de los inmigrantes dado a que provenían de contextos y situaciones económicas, sociales y culturales distintas, a pesar de residir en el mismo país. Algunos llegaron con mayores posibilidades de desarrollo y crecimiento, sin embargo, algo que caracteriza a los japoneses es la perseverancia, la responsabilidad, el trabajo y la honestidad, así que, independientemente de si unos se encontraban en mejores posiciones y condiciones que otros, todos salieron y sacaron a sus familias adelante, a pesar de que la mayoría tuvo que empezar nuevamente, desde cero, cuando fueron reubicados.

Para finalizar este apartado, un último aprendizaje para mi proyecto de vida profesional fue compaginar las habilidades de investigación que he obtenido a lo

largo de la carrera con las que he desarrollado en mi diplomado de escritura, dado que en un futuro me gustaría escribir ficción histórica. Así que, considero que fue un primer entrenamiento que, en cierta forma, rindió sus frutos.

Aprendizajes sociales

El principal aprendizaje social de la investigación radica en la visibilidad de una mancha en la historia de nuestro país, de Guadalajara y de nuestros ciudadanos, especialmente lo que éstos últimos sufrieron debido a la presión que Estados Unidos ejerció en el gobierno mexicano y que desembocó en exclusión, racismo, explotaciones y abusos de poder.

Menciono que son ciudadanos porque, a mi parecer, aún tiende a existir una ligera distinción entre la comunidad japonesa de la mexicana como si los primeros no fueran parte de la segunda, cuando realmente lo son, desde los primeros inmigrantes que llegaron. Tristemente, para muchos de nosotros, al observar los rasgos étnicos, físicos y culturales que “nos hacen diferentes” de los *nikkei*, tan sólo propiciamos que esas diferencias sigan siendo señaladas y marcadas.

Otro de los aspectos sociales que considero que esta investigación busca poner sobre la mesa es la cuestión de que muchos mexicanos somos conscientes de la presencia de la comunidad japonesa, pero no nos interesa conocer sus orígenes ni cómo fue que ésta se estableció y se desarrolló en México. Y precisamente una de las apuestas del proyecto es darnos cuenta del aporte que han generado al desarrollo del país a nivel industrial, económico, cultural, gastronómico y arquitectónico, especialmente en Guadalajara, dado que fue una de las principales ciudades que recibió a los japoneses desplazados.

Una cuestión que en lo personal me encantaría que sucediera y no sólo con la comunidad *nikkei*, sino con otras comunidades que también conforman nuestra ciudad (como la judía, la china, la libanesa, entre otras), es que existiera algún centro cultural dedicado a la preservación de la memoria y raíces de todas éstas. Y no sólo eso, sino que se construyeran museos o se llevaran a cabo exposiciones con la finalidad de divulgar la historia de éstas, así como las experiencias,

fotografías, objetos heredados, entre otros artículos u objetos que quisiesen compartir sus integrantes. Considero que sería una manera muy bella de conocer la riqueza que habita nuestra tierra mexicana y tapatía, compensaría, al menos hasta cierto punto, el que en las escuelas hubiesen dejado fuera de los libros de texto ciertos capítulos históricos.

Por último, sí reconozco que, al carecer de un producto comunicativo o audiovisual, el objetivo de divulgar y dar a conocer esta investigación, así como los aspectos sociales que mencioné anteriormente, se queda corto en el camino, por así decirlo, ya que considero que sí hubiera dotado de fuerza al trabajo realizado, además de que me hubiera permitido alcanzar a otras personas más allá de las que puedan leer lo que, de manera escrita, se encuentra en este documento.

Aprendizajes éticos

Entre los aprendizajes éticos que obtuve durante el desarrollo de este proyecto se encuentra la responsabilidad ética que tengo como comunicóloga. En el apartado de aprendizajes profesionales mencioné que tuve la oportunidad de que me compartieran mucha información en torno a la historia de las familias con las que dialogué, así que, en primera instancia, sé que ahí comienza mi labor ética al haber recibido información delicada y personal.

Añadiendo a esto, también soy consciente de que hay una línea muy delgada, entre comunicar realizando sesgos de información y ser lo más fiel posible a lo que me compartieron. Una de las decisiones que tuve que tomar con respecto a esto fue, seleccionar la información que iba a incluir en los pequeños subtemas que fui generando para cada una de las familias presentadas. Hay aspectos que dejé fuera y que quería mencionar, pero que para fines de la investigación no aportaban material nuevo, relevante o relacionado con lo que estaba exponiendo. Así, concluyo que la sistematización, organización e integración de la información es una labor compleja, delicada y con la que se tiene que ser cuidadosa.

Aprendizajes personales

De todas las experiencias y los aprendizajes que este PAP me proporcionaron, sin duda los que más disfruté y que me llenaron mucho de manera personal y profesional fueron las conversaciones que sostuve con Guillermo, Hanako, Rodrigo, la señora Lupita y su hija Vero. Jamás me había aventurado a entrevistar a personas que no conocía sobre temas que considero que son muy personales, dado que es acercarte en calidad de extraña a una persona y pedirle que te cuente su historia y la de su familia, así que me sentí muy agradecida y afortunada de que me permitieran conocerlos, de que me compartieran sus recuerdos, así como algunas fotografías. Y sí, es un aprendizaje que para futuras investigaciones me alienta a no tener miedo a contactar personas que puedan apoyarme en el desarrollo de mis proyectos.

También me resultó muy importante y clave la entrevista con Shinji Hirai, siento que me sirvió para darme cuenta de que las figuras académicas o expertas en ciertos temas sociales pueden estar más cerca de lo que parece y no es imposible contactarlas, además de que son de gran ayuda en el avance de la investigación. Sí me hubiera gustado platicar con otros académicos, así como integrantes de la asociación japonesa de Guadalajara, pero serán experiencias que deberán postergarse para alguna investigación futura.

Finalmente, reconozco la diversidad cultural y étnica que abunda en Guadalajara y ahora soy más consciente de que cada comunidad que la integra tiene un trasfondo que no sólo la conforma a ésta sino también a mi ciudad.

5. Conclusiones

La reubicación japonesa acaecida en 1941 es, probablemente, uno de los incontables capítulos olvidados no sólo en la historia de nuestro país, sino también en la memoria de cada uno de sus ciudadanos. A pesar de haber abordado los distintos periodos en los que el flujo migratorio japonés cobró relevancia en México, desde la colonia hasta el Porfiriato, esta investigación pone especial atención a las

medidas restrictivas que fueron aplicadas a la comunidad japonesa en suelo mexicano, tras el ataque del Imperio Japonés a la base naval de Pearl Harbor, así como las consecuencias de éstas.

Discriminación, rechazo y miedo fueron algunos de los sentires y prácticas que se infundieron en la población mexicana ante un “enemigo” que desde su llegada a nuestro país no había hecho otra cosa más que colaborar en el desarrollo y crecimiento de éste. Es por esto que el periodo de reubicación es uno que se califica como peculiar dado que previo a éste, la relación entre los mexicanos y la comunidad japonesa era positiva; existe un antes y un después de la reubicación japonesa.

A través de la historia de cuatro familias, tres de ellas con asentamiento en Guadalajara y una en la Ciudad de México, se ilustra y se recuperan algunas memorias y anécdotas desde su llegada a tierra mexicana, durante el desplazamiento forzado y los años posteriores a este suceso. Sus experiencias nos acercan, de forma distinta, a los hechos históricos; se descubren puntos en común entre las familias, particularidades y vivencias únicas, sentires que permanecen o se pierden con el tiempo y el paso de las generaciones, pero, sobre todo, se visibiliza la historia de una comunidad que ha diversificado y enriquecido nuestra cultura, nuestra ciudad y nuestro país.

6. Bibliografía

Ashida, Guillermo (16 de marzo de 2023). Entrevista personal. Reunión presencial.

Chacón Flores, Carlos Alberto, y Almada Bay, Ignacio Lorenzo (2020). “Por la patria y por la raza”. Un estudio sobre la exclusión china de Nacozari de García y Pilares de Nacozari, Sonora, 1915–1925. *Intersticios sociales*, (20), 225–259. Epub 20 de noviembre de 2020. Recuperado en 1 de abril de 2023, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-49642020000200225&lng=es&tlng=es

Falck, M., Palacios, H., Suzuki, S., Hernández, S., Nakasone, T., Yamaguchi, V. K., y Kerber, V. (2020). *Presencia japonesa en Jalisco*. (1a ed.). Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios Japoneses/Japan Foundation.

Hernández Galindo, Sergio (2011). *La guerra contra los japoneses en México durante la Segunda Guerra Mundial. Kiso Tsuru y Masao Imuro, migrantes vigilados*. México: Ítaca.

Hirai, Shinji (1 de marzo de 2023). Entrevista personal. Vía zoom.

K., Lupita y U., Vero (otoño 2022). Entrevista personal. Reunión presencial.

Kerber Palma, Víctor (mayo de 2017). La primera comunidad japonesa en Chiapas. Una utopía social a finales del siglo XIX. En *Relatos e Historias en México*. núm. 105. Recuperado el 7 de febrero de 2023, de: <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/la-primera-comunidad-japonesa-en-chiapas>

Lozano García, Amanda y Rangel Garibay, Aitana. (2022). Más cerca de lo que pensamos del sol naciente: La llegada de los japoneses a Guadalajara. *Cruce*. Recuperado el 2 de marzo de 2023, de: <https://cruce.iteso.mx/mas-cerca-de-lo-que-pensamos-del-sol-naciente-la-llegada-de-los-japoneses-a-guadalajara/>

Lozano García, Amanda y Rangel Garibay, Aitana (2022). Comunidades Unidas: Japón en Guadalajara, I La influencia japonesa en la cultura popular de Guadalajara. Proyecto de Aplicación Profesional. Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO): Tlaquepaque, Jalisco.

Marrokin, Rodrigo (17 y 24 de marzo de 2023). Entrevista personal. Vía zoom.

Melgar T., D., Quijano, E., y Chávez S., A. [Museo Nacional de las Culturas de Mundo INAH]. (6 de junio de 2017). *Raíces. Descendientes de japoneses en el noreste de México*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=ZrLIOztgRqk>

Miyaki, Hanako (17 y 27 de marzo de 2023). Entrevista personal. Vía zoom y llamada telefónica.

Peddie, Francis (2006). Una presencia incómoda: la colonia japonesa de México durante la Segunda Guerra Mundial. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, (32), 73–101. Recuperado el 1 de febrero de 2023,

de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26202006000200073&lng=es&tlng=es

Terrén, Eduardo (2001). La asimilación cultural como destino: el análisis de las relaciones étnicas de R. Park. *Sociológica: Revista de Pensamiento Social*, núm. 4, pp. 85–108. Recuperado de:

<https://core.ac.uk/download/pdf/61895078.pdf>

Terui, Megumi (2005). Migrantes japoneses en México: la trayectoria de investigación de Ota Mishima. *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política*, 1(2), 111–113. Recuperado el 9 de marzo de 2023 de:

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-35692005000200011&lng=es&tlng=es